

# SOLIDARIDAD

# suplemento literario

# OBRERA

París, Diciembre de 1956 ★ Supplément mensuel de SOLIDARITE OUVRIERE, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★ Precio, 50 fr. - N° 611-36

## "READY", PERSONAJE NOVELESCO

Era un perro muy serio y no le gustaban los disfraces. Si no lo mataron, seguramente decidió morirse — de asco y de pena — al ver la abundancia de curas y guardias civiles de la España del crimen, el latrocinio y la cursilería.

También yo quería hacerle un libro al pobrecito « Black ». Acaso lo haga un día. Bien lo merece. Tú, « Ready », tuviste más suerte y encontraste en Antonio Ortega tu cronista, que es excelente.

Ya le conoces a Antonio. Fuiste su amigo como « Black » lo fué mío. Quien no le conoce — personalmente — soy yo. No le he visto nunca y, sin embargo, desde que he leído su libro le considero ya uno de mis amigos.

Tener muchos es imposible, « Ready ». La amistad es virtud muy alta y noble y, por lo tanto, muy difícil de cultivar. Con frecuencia empleamos mal la voz amigo, hacemos de ella uso excesivo e inadecuado. Decimos de Fulano, de un Fulano cualquiera : Es amigo mío. Y no pasa de simple conocido. La amistad es otra cosa. La amistad es una cosa mucho más profunda, mucho más bella y no está al alcance de todas las fortunas.

Si, Antonio Ortega, tu cronista — al que llamas graciosamente tu traductor por lo bien que supo traducir tu psicología perruna — es, ya, amigo mío. Ignoro si es moreno o rubio, alto o bajo, gordo o flaco, joven o viejo, aunque supongo no será muy joven. (Los jóvenes, « Ready », no suelen escribir libros como el de Antonio Ortega). De su persona física no sé nada. De su persona moral lo sé todo. ¿ Qué ? ¿ Te parece raro ? Pues la explicación es bien sencilla, lo sé gracias a su libro, que lo es tuyo también por ser tú el protagonista.

Supongo que, a pesar de lo listo que eres, no andarás muy fuerte en literatura — los perros tenéis otras preocupaciones más importantes — y no será de más que sepas existen dos clases de novelistas : los que se dan plenamente en su obra, los que la escriben de dentro afuera, y los que permanecen ajenos moralmente a ella, los que piensan que « escribir es otra cosa », un medio como otro cualquiera de ganarse el sustento y establecen una divisoria entre el hombre y la obra ; los que, con ambición mezquina y limitada, todo lo fian a la técnica, al oficio. Dos tipos de escritor pueden servir de ejemplo : el Unamuno, abrupto y ardiente, siempre en llama viva, de la tía Tula, novela que no ha perdido ninguno de sus valores a pesar del tiempo transcurrido desde su publicación — para las buenas novelas no pasa el tiempo — y el Ricardo León que nunca se desmanda, que nunca se deja llevar de las nobles inquietudes y las nobles pasiones y de quien nadie se acuerda ya. Leyendo a Unamuno el lector se entera de cómo pensaba y sentía Unamuno, qué tormentos espirituales le acuciaban, qué tempestades fecundas arrojaba. Leyendo a Ricardo León no es posible saber cómo pensaba y sentía Ricardo León.

Antonio Ortega pertenece al grupo de los escritores que se vierten de cuerpo entero en su obra. Afortunadamente.

Gracias a ello pude conocerle y, por ley de las afinidades electivas, convertirle en amigo. Amigo por ser, además de escritor nada vulgar, español, republicano y refugiado.

Hablando de él dices en tono irónico, pero con gran indignación : « Parece ser que mi traductor era profesor allí en España, donde explicaba. Ciencias Naturales en un Instituto provinciano. Iba a clase, donde exponía a los alumnos las funciones de reproducción de los lamelibranchios o les hablaba de cultivo. Luego volvía para su casa, bajo la lluvia, y allí se pasaba el día leyendo, so-



*CABO de leer la historia de tu vida, « Ready ». Eres, como indica tu nombre, que tan bien sabes llevar, un perro muy listo. Eres un perro admirable y — ; qué duda cabe ! — más digno de estima que ciertos animales que se creen superiores a ti porque usan corbata y toman café. Tus andanzas, tus reflexiones, tus reacciones ante la vida me han hecho sonreír, y me han emocionado.*

*También yo tenía un perro, que me vi obligado a abandonar una mañana de febrero de 1939. No sé qué habrá sido de él. Puede que, por el espantoso y nefando delito de haber sido mío, lo matasen a pedradas. O tal vez lo condenaron a la hoguera, con mis libros, ante la iglesia del pueblo. Tenía, como tú, nombre inglés. Se llamaba « Black », que es nombre muy original en perro negro. Les ladraba a los curas y a los guardias civiles.*

ñando, bebiendo o amando. Tenía tiempo para todo. Caía el orbayo y la catedral daba la hora cada sesenta minutos (página 92). Se trata de la catedral de la ciudad que « Clarín » llamó Vetusta y Pérez de Ayala Pilares ?

« Como todo intelectual — sigues diciendo — mi traductor era hombre de inquietudes liberales ; un poquitín escéptico (1), ligeramente dionisiaco y moderadamente panteísta ; blando a las sonrisas de mujer, al encanto de los niños, al dolor silencioso de los animales. No sé cómo estalló la guerra. El me lo explicó muchas veces, pero yo no entendí nunca aquello del todo. Sólo sé que al acabarse la guerra mi traductor tuvo que huir de su patria con una gabardina y un par de pañuelos en los bolsillos por toda pertenencia. Parece ser que de



Blando a las sonrisas de mujer, al encanto de los niños...

no haberlo hecho así corría peligro su vida. Le acusaban de haber matado a cinco sacerdotes, haber violado a cuatro monjas y haber sustraído seis o siete cuadros del Greco. Parece ser que deseaban juzgarle asimismo por sublevación militar ; a él, que ni era militar ni se había sublevado. El estaba dispuesto a pechar con lo de los sacerdotes, las mon-

POR

LUIS CAPDEVILA

jas y los cuadros del Greco. Pero lo de la sublevación militar le pareció excesivo. Y huyó.

» Durante cerca de tres años había sido bombardeado por aviones alemanes e italianos que no eran alemanes e italianos aunque al final resultaron ser alemanes e italianos. Esto no debe extrañar a nadie pues la Embajada de Inglaterra en España se hallaba establecida en Perpignan y Perpignan pertenece a Francia.

» Le pasaron otras muchas cosas raras, carentes de toda lógica. Yo nunca se las entendí bien, acaso por eso no haya sabido explicármelas. Es cierto que él había nacido en Gijón, un pueblo de Asturias. Esto era rigurosa verdad ; pues bien, era ruso. Los defensores de la propiedad le robaron sus muebles y sus libros allá en Oviedo (2). El era católico, apostólico y romano ; pero los obispos españoles, de común acuerdo, declararon la guerra santa y la santa cruzada contra mi traductor y unos cuantos millones más de compatriotas de éste y de ellos. Entonces — ; claro ! — mi traductor dejó de creer en los obispos españoles.

» No hay nadie más intolerante y más bruto que un obispo español — acostumbraba a decirme mi traductor — si se exceptúa a los arzobispos españoles que, como son menos, tienen la brutalidad y la intolerancia más condensadas que aquellos.

» Luego los arzobispos españoles hicieron a Cristo beligerante : le pusieron una boinita roja de requeté y una camisa azul de falangista. Bendecían a los cañones y a los moros que iban a matar compatriotas de ellos ; más o menos « comunizados », pero compatriotas a fin de cuentas. Era un espectáculo desconsolador. Todo aquello carecía de sentido. Y un día mi traductor, con una riada de mujeres, niños, burros, soldados, caballos, carros, ovejas, ametralladoras, colchones y bicicletas pasó la frontera francesa. España marchaba de España. » (Págs. 93 y 94).

Tu traductor, tu cronista es, pues, español, republicano y refugiado. Tres títulos de los que debe enorgullecerse todo hombre honrado. Incluso los que, como Antonio Ortega, se dicen — seguramente

por pudor — « un poquitín escéptico ». Yo más bien le creo a tu traductor un hombre bueno — ; hay que ver lo bueno que se tiene que ser padeciendo del estómago ! — que se indigna y se rebela ante el espectáculo de la hipocresía, la ruindad y la estupidez, y, por no llorar, hace lo que Larra : ríe. ; Pero cuanta amargura, cuanto desconsuelo hay en su risa !

Un rebelde, sí. En Antonio Ortega, como en toda persona decente hay un rebelde, un ser que por dignidad, por ética y estética tiene el deber de rebelarse contra la fealdad de la injusticia.

« Me habían tratado demasiado duramente los hombres y por ello siempre recelé de su justicia ; esa justicia hecha en serie por viejos helados y viejos, con toga, que todo lo miden en artículos del código y que dictan sentencias hinchadas de penalidades y de gerundios. De los agentes de la autoridad, en el mejor de los casos, esperaba siempre una patada rubricada por una blasfemia » (pág. 61).

« ; Oh, los agentes de la autoridad ! Nada de comprensión. Nada de pararse a pensar si el perro tiene hambre, suprema razón y primer artículo del Código moral de los perros. Nada de pensar si la prostituta tiene razón ; el cliente siempre tiene razón. Nada de pensar si el chino de la ropa planchaba en camiseta porque tenía mucho calor... Nada de pensar. Cero razón. Denuncia. Multa. Trancazo. Patada. Moral de juez de juzgado correccional : leña y Código a pasto. La letra con sangre entra. No hay casos, no hay corazones torturados ; sólo hay gerundios y artículos del Código. Todos delincuentes... Y venga a hacer justicia — justicia dicen ellos — como quien hace chorizos, churros o automóviles.

« ¿ Qué es un policía ? Un hombre con pistola que nunca tiene razón. ¿ Qué es un juez ? Un hombre sin pistola que da razón al policía. Mi traductor me ha dicho que esto es anarquía y yo entonces traté de enterarme que era esto. Parece ser que un anarquista es un hombre que tira una bomba para matar a un tirano. Ahora bien, cuando se tiran bombas de más peso para matar niños se es aviador. Angiolillo, personalmente, mató a Cánovas. Von Sperrle, con sesenta bombarderos, arrasó Guernica. El primero era un criminal. El segundo un heroico general germano. No lo entiendo. Por eso, por no entenderlo, tengo siempre miedo a los policías, a los jueces de los juzgados correccionales y a los generales germanos con monóculo y Cruz de Hierro. Es decir, tengo miedo a ser inocente » (pág. 62).

Cervantes, en su famoso Coloquio — que después utilizara Hoffmann como punto de partida de una de sus Cuentos fantásticos — hizo hablar a dos perros ; Octavio Mirbeau escribió la breve historia de un perro en sus Contes de la chaumière ; Valentin de Pedro escribió otra, muy bella también, cuyo escenario era el Madrid sitiado por las hordas franquistas.

Tú, querido « Ready », has tenido también tu cronista, tu traductor. Dile a Antonio Ortega que le queremos mucho por haber escrito un libro tan bello, tan noble, tan generoso como el que te ha dedicado.

(1) ¿ De veras, « Ready », es Antonio Ortega un poquitín escéptico ? Yo no lo creo. De serlo hubiese seguido en la España que Salvador de Madariaga llama Yugoslavia, hollada por la pira franquista.

(2) Como a mí, querido « Ready », me los robaron en Caldas de Montbuy. ; Esos defensores de la propiedad son terribles !

# EL PRETEXTO

POR  
Edmundo Valadés

(CUENTO MEXICANO)

**D**EL hombrecillo destacaban unos ojos apremiantes, maliciosos y, sin embargo, con un parpadeo a veces de escéptica melancolía. Un traje entallado, rabón — su original color estaba teñido de lustre y grasa —, ajustaba la seca delgadez de su dueño, cuyo rostro sólo brillaba en las narices, pulidas a un encarnado vivo.

— Es un borrachín empedernido, me avisó Gonzalitos. Fué aquí oficial segundo y lo corrieron porque se ponía unas guarapetas que le duraban semanas enteras.

El hombrecito — que lo era por su baja estatura — hablaba con respetuosa solemnidad, con cortesía de pompas fúnebres.

Se me acercó lanzando sobre mí la ventaja de su edad. Con un aire de misterio de quien va a tratar un negocio de importancia.

— Perdona, joven. Usted tiene cara de persona comprensiva. Ah, la juventud! Cuidela, es usted buen mozo, tiene usted la vida por delante...

— Parecía que iba a revelarme una verdad eterna! Frotándose las manos, como si tuviera frío, como si organizara sus ideas entre el juego de largos dedos, buscaba apoyo a su pecho sobre invisible soporte, envolviéndome.

— Míreme a mí, viejo, acabado, ya sin fuerzas para ganarme la vida. Ah, ustedes los jóvenes, que no saben de problemas! Ustedes...

Caraspeó, para despejar el tono chillón en que se iba a disolver su voz persuasiva.

— Aquí me ve usted, pobre, sin trabajo y mi pena más amarga no es todo eso. Si fuera nada más yo, qué me importaba todo! Tengo a mi madre enferma, sufriendo un mal incurable. Qué no debe hacer un hijo, por perdido que sea, que no trate de aliviar los males de quien le dió el ser! ¿Usted tiene viva a su madre? Ah, lo único puro, lo único santo de esta vida! ¿Cómo no quiere que haga a un lado mi dignidad? Es muy duro verla sufrir, no tener dinero para comprarle sus medicinas. Mire, aquí están las recetas. Usted es bueno, joven. Usted me comprende. Nada más cinco pesos. Hará usted un bien grande. Yo le diré a ella que rece por usted...

— Gracias, Dios pagará su buena acción! Y van a decirle que son para beber. Cree usted que sería capaz de tirar esto en una cantina? Sí, es cierto que bebo, pero por desesperación. Con esto no, palabra. No crea lo que le digan. Que su buena acción quede limpia de toda duda. Gracias, joven amigo, gracias!

Además de sus palabras agradecidas, con efusión que quería abrumarme, acercándose el rostro envuelto en vapores alcohólicos, viéndome con mirada llorosa, triste, en la que había extraños chispazos, me apretó la mano largamente.

— No se lo podré pagar nunca. Usted sabe: medicinas para el ser más bello del mundo. Gracias, le diré que rece por usted!

Gonzalitos, sonriendo con sorna, me bloqueó allí en el rincón al que el hombrecillo me había empujado.

— Ah, qué amigo! Se dejó usted engatusar. Qué madre ni qué caramba! Ese quiere beber. En cuánto le salió?

Estaba fastidiado de que un gesto generoso se convirtiera en una ingenuidad. No respondí, pensando en el tono de honda verdad usado por el hombrecillo al hablar de su madre. Me dolió, por ello, la palmadita compadecida que Gonzalitos me dedicó. Yo tenía satisfacción de haber dado el billete al pobre solicitante. Al dar, se siente uno bueno,

más grande, igual que aliviarse de cosas mezquinas. Y me irritaba pasar por un tonto, al que le han cometido un burdo engaño, trastocándose así en avergonzando error lo que era gusto íntimo.

La palmadita fué certera en sacudirme dudas y disipar mi buen ánimo. A lo mejor, el tal señor era en verdad un cínico borrachín, buscando obtener unos pesos para su vicio y todo el cuento de la madre no había sido sino ensayada invención. Mi dádiva se volvía una molestia. La inminencia del ridículo le dió vuelos a mi egoísmo, proponiéndome no dejarme enternecer tan fácilmente.

Fueron dos o tres días después que esperando un tranvía, vi de pronto al hombrecillo que atravesaba la calle, bamboleante, sin medir el peligro de ser aplastado por un vehículo, la mirada fija, un faldón de la camisa por fuera y el sombrero ladeado, mantenido en sorprendente equilibrio.

Traté de esquivarlo, mas él, como si me presintiera, salvando los zig-zags que le marcaban sus piernas, se dirigió hacia mí. No supe si saludarlo o ignorarlo, preocupado de que otras gentes me sorprendieran en esa compañía. El, medio dejándose ir hacia adelante, doblado primero, se centró ante mí, alzó luego su cabeza como pájaro que la sacude para atornillarla firme sobre su base inestable y con voz enronquecida me saludó.

— ¡Venga, vamos a tomar un traguito! Usted es mi amigo... mi amigo del alma. Usted es gente buena, noble. Usted vale mucho...

Varias personas me observaban y yo, muy incómodo, teniendo ya a mi alcance el tranvía, arrojé un ininteligible « gracias, no puedo, adiós, tengo muchísima prisa » y trepé de huida forzada en el vehículo. Desde la ventanilla lo soslayé buscándome, muy serio, muy desilusionado, con un reproche ante mi brusco desaire. El hombrecillo estaba teniendo la extraña virtud de dejarme inquieto. Empecé a sentir remordimientos por haberlo dejado plantado. A lo mejor, el pobre, como me había asegurado, bebía por desesperación. No es cualquier cosa tener a la madre enferma, sin dinero para sus medicinas. Arrepentido, casi un impulso me obliga a regresarme a pedirle excusas.

No habían pasado dos días cuando al salir de la oficina me abordó, muy circunspecto y digno. Me saludó sin dar a entender que algo hubiera pasado entre ambos y como si tuviera el derecho obvio de solicitarme un nuevo servicio.

— Joven, le debo una explicación. No quiero mentirle. Le juro que no he bebido con su dinero. Por Dios que no! No sería capaz de eso, a pesar de mi situación. Mi madre sigue mal, muy mal. Compré las medicinas y ahora hay que conseguirle otras. Se muere, joven. Mire...

Sacó de su bolsa una serie de viejos papeles. Hurgó entre ellos, hasta descubrir una receta, que desenvolvió con sumo cuidado.

— Si no consigo esto, se me muere. Mi madre, joven, mi madre. Esto sí es muy serio, lo ha dicho el médico. Usted no puede fallarme. Usted, en cuyos ojos veo la nobleza, la bondad. Solamente otros cinco pesos. Está de por medio la vida de un ser sagrado.

— Parecía tan afligido! Se me quedó viendo, esperando mi comprensión, con una anhelante gravedad en su pequeño porte, elevándolo al alzar la cabeza lo más arriba posible, las manos trenzadas, a la expectativa, en contrapeso su inferioridad de pedir con su confianza de merecer.

Traté de defenderme, vacilante entre la lástima y la incredulidad, luchando

en mi interior por saber hasta qué punto fingía o no, persuadido fugazmente de su verdad por el calor de su parlamento y simultáneamente, desconfiando por los testimonios en contra suya que tenía, y por el recuerdo de haberlo visto tan beodo.

— Pero creo que no traigo casi nada de dinero. A ver si mañana...

Sentí en sus ojos un relámpago de reconvencción, una mirada acusadora de que sabía que estaba mintiendo y no caía en mi mentira. No tuve más que darle el billete, sintiéndome así como si hubiera pretendido birlarle lo que era suyo. Lo tomé, con suma dignidad y ahora su gratitud se manifestó en una fría cortesía, como sutil pago a mi reticencia.

Al irse, oí tras de mí la risa sarcástica, indiscreta, que Gonzalitos me lanzaba, con nueva y más fuerte palmada irónica.

— No tiene usted remedio: se deja embobar como un niño. Ah, qué amigo! Ya me estoy sintiendo con ganas de pedirle a usted prestado, contándole una historia como esa que le han fabricado.

Me dieron ganas de pegarle. La burla me resultaba ofensiva y una airada molestia al quedar descubierto en reincidencia. Gonzalitos no se dió por enterado de mi enojo y continuó la cantinela, de mal gusto, allí ante las gentes que nos oían.

— No tire así su dinero, que trabajo cuesta ganarlo. O no tiene usted obligaciones? Conozca las gentes, despabilése. No sea tonto, mi amigo, no se deje engañar así, que un día le van a quitar la camisa.

Todo dicho en un tonillo de mofa, confundiendo mis sentimientos, que hacía poco se habían enaltecido teniendo la forzada certeza de hacer un bien a un pobre hombre, quizás un perdido, pero dentro de su perdición con el buen deseo de ayudar a su madre.

Lo peor fué que Gonzalitos se lo contó a todos en la oficina, para hacer motivo de risas y bromas a mi costa, animando a alguno de los empleados a hacer la farsa de solicitar dinero, con los cuentos más exagerados, y que de ello me empezaron a apodarar el generoso. Pasé malos días, lleno de sorda irritación, enojado contra mí mismo, arrepentido de haber dado los cinco segundos pesos y con recuerdos de odio hacia el hombrecillo por cuya culpa quedaba yo de risible ingenuo y blanco directo de cuchufletas.

Casi estaba olvidando el incidente,

aunque no por mí, que seguía rumiando mi ridículo, cuando otro día de tantos reapareció el hombre, esta vez aparentemente aplastado bajo doloroso impacto. Tan real mostraba su duelo, que lo pregonaba lo mustio de su continente, totalmente laxo, incapaz siquiera de esa malicia que otras veces desprendían sus miradas y por el cansado olvido de sus manos, puestas en abandono, sin nada de esa energía con que las frotaba durante sus anteriores peticiones. Y por su cabeza caída, como peso muerto. Todo él abrumado, más pequeñito, indefenso. Así se paró ante mí, largo rato, sin decirme nada.

A pesar de mis reservas, me sentí impresionado. El recuerdo de las burlas se desvanecía ante la expresión de su derrota. Suavemente, como dominándose para no llorar, contó su drama:

Se ha muerto, joven. Allí la tengo tendida... Solita. No tengo a nadie que me acompañe. No tengo para enterrarla. Quiere venir conmigo?

Las palabras del hombrecillo no dejaban lugar a dudas de que decía la verdad. Miré a Gonzalitos, severo, que se había acercado a presenciar la escena. Yo tenía razón. Sus bromas habían sido injustificadas, reprobables. Con mi nueva superioridad, y allí muy dentro de mí cierta tranquilidad porque me sentía salvado de haber hecho el ridículo, le dediqué una mirada de venganza, al disponerme a seguir al hombrecillo.

— Yo voy también con usted, dijo Gonzalitos en respuesta, en plan de enmendar su error.

Nos fuimos los tres hasta el sitio en que vivía el del luto, un cuartucho escondido en siniestra barriada, allá en el último traspatio de inmunda vivienda. Toda una repelente, desconsoladora miseria cargada de moscas y malos olores. Sobre un petate, envuelto en sucia manta, el cadáver, velado por amarilla y modestísima cera. Un par de humildes mujeres enrebozadas, sin rostro — dolor, resignación, fatalismo en la sombra bajo el embocado tápalo —, de rodillas, rezándole a la difunta, al aire, al infinito, mostrando fuera de las faldas las plantas sucias, encallecidas, de unos pies forrados de piel agrietada, patinada, eran el único murmullo de vida. Por un ventanillo sin vidrios se colaba el silencio del patio, que caía como briznas de tristeza. Y el ventanillo enmarcaba allá en el fondo a un chamaco desnudo, desnutrido, de ojos absortos, que se creería colocado allí para dejar pasar la vida impunemente.

El hombrecillo, en capitulación definitiva, ni siquiera había tenido ánimo de ponerle ruido a su dolor. Silencioso, nos había guiado hasta su drama. Y fué allí que, en derrumbe violento de músculos y nervios, hipando en sordina, emanándole por todos los poros su saturación alcohólica, lastimeramente, cuando más conmovidos más tristes y miserables nos estábamos sintiendo Gonzalitos y yo, soltó su dolor:

— ¡Y ahora qué voy a hacer? ¿Quién me dará para beber, si ya no podré pedir para sus medicinas?

Y había tanta desesperación en sus palabras, que parecía realmente llorar por haber perdido a su madre o a su propia vida.

## EN ESTE NUMERO:

Escritos de Luis Capdevila, Rodolfo Rucker, Fabián Moro, Zenón, Luis V. Anastasia Sosa, F. Ferrándiz Alborz, J. Chicharro de León, Alfonso Vidal y Planas, Fernando Valera, Edmundo Valadés, Campio Carpio, Vicente Rodríguez, Jorge Altman, Abraham Arias Larreta, Francisco Frak, García Tella; notas, grabados, noticias y curiosidades.



# El humorismo de Pérez de Ayala



El humor de Pérez de Ayala se vierte a borbotones al explicar el origen del apodo que lleva el padre de *Xuantipa*. Parece ser que tal remoquete le fué dado porque, cuando se enojaba, cosa que sucedía con cierta frecuencia, el buen señor amenazaba con quitarle el tipo hasta « al sursum corda » (38), esto es, que estaba dispuesto a romperle los morros al mismísimo diablo que se presentara. Es posible que la ingeniosa derivación ayalina sea verdadera, pero no puedo dejar de creer que el nombre de *Xuantipa*, pese a la explicación del autor, obedece a otro orden de ideas.

He dicho que nuestro autor conocía perfectamente los clásicos greco-latinos, gracias a los estudios que hizo con los jesuitas. Me atrevo a sugerir que el recuerdo de *Jantipa*, mujer de Sócrates, cuyo mal carácter se ha convertido en proverbial, vino al espíritu de P. de Ayala al retratar a la mujer de rompe y rasga que soportaba el buen *Belarmino*.

En efecto, si hacemos abstracción de la manera de vestirse ambas mujeres, que no puede admitir coincidencia, ¿qué diferencia existe entre los caracteres de estas dos furias irascibles? Bien me sé que, en literatura, como observé al principio, ninguna opinión es definitiva. Doy, pues, la mía y, si alguien halla otra más satisfactoria, angelitos al cielo y chocolate a la barriga, o, como decía el otro, aquí paz y en el cielo eterna gloria.

Pasemos ahora a la famosa duquesa de Somavia, protectora del hijo de Apolonio.

Doña *Beatriz de Valdedulla*, duquesa de Somavia, descendiente del rey goda *Mauregato* (63) — nótese ya la ironía ayalina —, era una mujer un tanto hombruna, es decir « un homme manqué ».

Era, nos dice el autor, « campechana y, de vez en cuando, echaba ajos, ahora que, como mujer, los convertía en femeninos mudando la o final en a ». (67)

He aquí una duquesa — maja siempre vestida — que echaba ajos como el más cumplido gafián o el más zafio carretero. Estos ajos podrán ser encantadores, como dice Pérez de Ayala, pero no por eso dejan de ser improperios indignos de noble duquesa.

« Estaba lejos de los cuarenta y era antes que fea guapa, pero con un no sé qué de alegría, desenvoltura y buena gracia, más atractivo que la belleza misma. » (68) Afirmaba ella, en ratos de buen talante, que « la luz de Madrid le alborotaba la sangre y la impulsaba a cometer barbaridades ». (70)

En resumen, un temperamento tan franco como ardiente, que nada tenía que envidiar a la duquesa de Alba, que se llamó *Cayetana*, y que otros llaman « la maja desnuda ».

El autor español, como podemos observar, se complace en retratar a esta mujer enérgica y decidida, que desempeña un papel importante en « *Belarmino y Apolonio* », no ya por su dinero, que no era poco, sino también por su influencia, que era onnipotente e indiscutible.

Notemos, sin embargo, que, al describirnosla, no la regatea los arañazos. Se trata de una mujer fuerte, sana, sexualmente equilibrada, digna de codearse con el galo Colignon, de quien hablaremos después.

Hay varios personajes interesantes, que se mueven en torno de la duquesa. Figura entre ellos don *Facundo Rodríguez Prado*, obispo de la diócesis. Sabemos que *Facundo*, que es término adjetival por su origen, quiere decir « elocuente », una especie de pico de oro que, si lo observamos bien, llegaremos a descubrir, sin esfuerzo, que sólo tiene dorado el pico, ya que lo demás en él es banal chatarra sin valor alguno.

*Rodríguez* es apellido corriente, noble y plebeyo. El término *Prado* sienta bien a su Ilustrísima, ya que fué pastor en su juventud y guardó en los prados los rebaños de la duquesa marimacho. Ha cambiado el buen prelado el prado físico por el prado espiritual de las almas.

Don *Cebrián de Chapa-prieta*, cuyo apellido nada tiene de aristocrático, era el cura que decía la misa particular para la duquesa. Nuestro autor nos lo describe así: « era un hombre de piel lechosa, nariz colgante, ojos tiernos y postura de feto, todo encogido » (72). Su insignificancia nos evita largos comentarios: es el cura sin personalidad propia, verdadero criado de casa gran-



A mujer de *Belarmino* se llamaba *Xuantipa*. Dice el autor que ese nombre lo heredó de su padre, llamado *Xuan el Tipo*, *Xuantipo* por contracción de los tres términos. La hija será, pues, *Xuana la Tipa*, es decir, *Xuantipa*.

Este mujer, de « voz mcrdaz, era antes joven que vieja y nada fea, con la faz distendida, como una Euménide... vestida de huracán y desolación..., pañuelo de seda amarillo al cuello, pañoleta a la Vergara, de colores vivísimos, colgada al pecho y anudada a la espalda, falda de cretona azul, rameada en blanco » (13-39).

por

J. Chicharro de León

de, que no se atreverá a negar la absolución a nobles damas pecadoras o a señoras de mal vivir.

Frente a este personaje, físicamente indotado, resalta la enorme masa del padre *Alesón*, fraile dominico « de las dimensiones de un paquidermo antediluviano ». « Sus ne-manos en reigion, nos dice el autor, le llamaban la torre de Babel, por la estatura y porque sabía veinte idiomas: unos vivos, otros muertos y otros putrefactos. » (55) Si esto no es humorismo sano y natural, que el diablo venga y lo vea. Pero hay más todavía.

Este enorme paquidermo, este frailezo inconmensurable, iba acompañado de otro innominado, de quien nos dice el novelista que « era de volumen normal entre religiosos, aunque excesivo para laicos ». (*Ibidem*) El dardo irónico silba en el aire una vez más sin que el autor haya tenido necesidad de forzar la mano ni correr en busca de frase acerada.

No sé si el nombre *Alesón* es deformación del término griego « eleyson ». Si no estoy en lo cierto, debo quemarme, pues sospecho que Pérez de Ayala ha dado intencionadamente a su personaje un nombre digno de tan notable conocedor de lenguas; un nombre sonoro, rotundo, que hace juego, por otro lado, con las dimensiones y volumen de tan robusto paquidermo religioso.

Hay otros eclesiásticos en la obra ayalina, sacerdotes (72) o canónigos (36, 171), cuyas figuras carecen de todo relieve. Por ello, pasaremos sobre tales seres como sobre pólvora. Son simples comparsas en esta obra tan rica en personajes originales.

Vengamos, pues, al último personaje del círculo de la duquesa de Somavia. Se trata de un magistrado grave y severo que, llevado de su servilismo a ras de tierra, se convertía en el hazmerreír de la duquesa marimacho. En efecto, este grave magistrado, hacía lo que él llamaba « el salto de la trucha » para divertirse a la noble dama y a sus contentulios.

El juego consistía en ponerse a cuatro patas. Uno de los presentes, hombre forzado, introducía el pie entre las piernas del grave magistrado y, levantándole en vilo, lo lanzaba a través del salón a una distancia respetable. Todo ello en medio de las carcajadas de los asistentes.

Es posible que el juego sea gracioso, pero no oigo la risa de nuestro autor y, en lo que nos toca, ¡maldita la gracia que tal juego nos hace!

« Era, nos dice el novelista, un hombre calvo, diminuto, flaquísimo; aladarez rizados con tenacilla sobre las orejas; bigotes horizontales, engomados con zaragatona, tan largos que sobresalían a los lados como calancin de funámbulo; corbata de chalina; chaqueta hasta media posadera; pantalones a menudos cuadros negros y blancos, de campana excesiva, para disimular la enormidad de los pies, aprisionados en zapatos de colgantes cintas de seda, tan anchas como la chalina. » (73)

Podemos imaginar a un severo magistrado echándose trompiquetas para recreo de una duquesa, aunque se trate de un hombrecillo tan diminuto y magro como el autor nos dice?

Los hechos cantan y la verdad es innegable, ya que el hecho se repite varias veces, según nota del novelista, con gran regocijo y algarazas de los presentes. (73)

No hagamos aspavientos ni nos mesemos las barbas, pues el servilismo más

rastrero, como dicho queda, distingue a no pocos magistrados provinciales ante los nobles. Añadiré que este personaje tan ridículo se llamaba *Hermenegildo*.

Este nombre, que los godos nos legaron, nos da la medida exacta de nuestro ente que, en lo que a nombre retrógrado toca, nada tiene que envidiar al apacible *Deusdedit*, tío de la duquesa marimachona.

Estos nombres, que incitan a risa, son lejano recuerdo de la época goda. Se les encuentra aún entre los nobles, lo mismo que entre ciertos personajes que se dedican a la magistratura o a la diplomacia.

Estos nombres nos demuestran, sin dejar lugar al equivoco, el espíritu conservador, profundamente retrógrado del medio social que los prohija y hasta se alaba de ostentarlos.

Estos seres carecen, en general, de toda inquietud de orden espiritual, aunque espirituales se crean. No viven, sino que vegetan: cumplen fielmente sus deberes religiosos y sociales — lo que ellos llaman sociedad — como autómatas y esperan con paciencia y resignación el momento de morir para ir derechos al cielo.

Creo que, en este punto concreto, Pé-

rez de Ayala no ríe, sino que experimenta amargura intensa. El « salto de la trucha », de que hemos hablado, puede parecer ridículo; pero yo estimo que el novelista, al contarnos tal hecho, quiere poner en evidencia algo que le trae a mal traer. Esto es como la justicia provincial española se pone « à quatre pattes » ante los señores nobles y adinerados.

Quedan otros personajes no exentos de interés. Entre ellos se cuentan don *Restituto* y doña *Basilisa*, señores de Neira.

Estos dos seres, que entran de lleno en el grupo de los espíritus que he llamado retrógrados, nos descubren en los nombres que los adornan no sólo su carácter, sino también sus opiniones políticas y religiosas.

Don *Restituto*, como todo el mundo sabe, quiere decir « restituido », « devuelto ». El nombre responde, sin duda, a un deseo de su madre forjado durante largos años. « Era, nos dice el novelista, un hombre que lucía una nariz tumefacta, roja y compleja, de esas que con afectuosa minucia gustaban de analizar los pintores flamencos. » (78) Este hombre de roja nariz era forzoso que fuese tradicionalista y católico a maza y martillo. Su nombre es ya un desafío al laicismo.

Su mujer, *doña Basilisa*, esto es, « la reina », « conservaba perpetuamente la expresión satisfecha, candorosa y benigna que suelen llevar aparejada los rostros de facciones vulgares cuando el estómago está sano y bien repleto. Era mucho más joven que su marido, mantecosa, frescota, y en sazón todavía de hacerle la boca agua a los aficionados a manjares suculentos y a la Venus pingüe ». (78)

No hay que decir que « vestían de negro », que vivían rodeados de criados vestidos de negro y que « adoptaban actitudes humildosas, ademanos, dice nuestro autor, de « todo sea por Dios », caras largas, huesudas, amarillas. (*Ibidem*)

## Servicio de librería de SOLI

### CLASICOS ESPAÑOLES

A 170 frs vol.

- Tirso de Molina: El condenado por desconfiado (teatro).
- Lope de Vega: Poesía lírica (verso).
- Juan de Mariana: Historia de España (prosa).
- Tirso de Molina: Marta la Piadosa (teatro).
- P. J. de Isla: Fray Gerundio de Campazas (prosa).
- Alfonso X el Sabio: Crónica general de España (prosa).
- G. A. Becquer: Rimas y Leyendas (p. y v.).
- M. de Cervantes: Persiles y Sigismunda (prosa).
- Calderón de la Barca: El Alcalde de Zalamea (teatro).
- M. de Cervantes: La Gitanilla. La española inglesa (prosa).
- M. Alemán: Guzmán de Alfarache (prosa).
- Lope de Vega: Peribáñez y el Com. de Ocaña (teatro).
- J. E. Hartzbusch: Los amantes de Teruel (teatro).
- L. Vélez de Guevara: Reinarse después de morir (teatro).
- F. de Rojas Zorrilla: Del rey abajo, ninguno (teatro).
- M. de Cervantes: Don Quijote de la Mancha (dos tomos) (prosa).
- A. de Moreto: El desdén con el desdén (teatro).
- L. de Rueda y Cervantes: Pasos y entremeses (teatro).
- L. Quiñones: Entremeses (teatro).
- Lope de Vega: La dama boba (teatro).
- Anónimo: Amadís de Gaula (prosa).
- F. de Rojas: Entre bobos anda el juego (teatro).
- Tirso de Molina: La prudencia en la mujer (teatro).

- Tirso de Molina: El vergonzoso en Palacio (teatro).
- Calderón de la Barca: La devoción de la Cruz (teatro).
- Fray Luis de León: De los nombres de Cristo (prosa).
- San Juan de la Cruz: Poesías completas y otras páginas (p. y v.).
- Fray Luis de Granada: Introducción del símbolo de la fe (prosa).
- Rubén Dario: Poesía (verso).
- Duque de Rivas: Romances históricos (verso).
- Larra, Mesonero, Estébanez C.: Escritores costumbristas (prosa).
- J. de Alarcón: Los pechos privilegiados (teatro).
- Vélez de Guevara: La luna de la sierra (teatro).
- García de la Huerta: Raquel (teatro).
- Calderón de la Barca: El Príncipe constante (teatro).
- J. de Montemayor: La Diana (p. y v.).
- Baltasar Gracián: El criticón (prosa).
- V. M. Espinel: El escudero Marcos de Obregón (prosa).
- F. de Quevedo: Poesía (verso).
- Calderón de la Barca: La dama duende (teatro).
- Lope de Vega: Fuenteovejuna (teatro).
- Tirso de Molina: Don Gil de las calzas verdes (teatro).
- Calderón de la Barca: El mágico prodigioso (teatro).
- Lope de Vega: El villano en su rincón (teatro).
- Calderón de la Barca: La vida es sueño - No hay burlas con el amor - El médico de su honra. A 250 frs. volumen.
- Pedidos: Roque Llop, 24, rue St-Marthe, París (X). C.C.P. 13507-56.

# Los orígenes del mundo helénico

por FABIAN MORO



E entre las cualidades que los indoeuropeos poseían, la de fácil y pronta asimilación al nuevo medio y al etnos local que transformará después, es una que cuenta en primer lugar. A través de sus peripecias expansionistas, migratorias y aventureras, se encuentra en ellos ese rasgo característico, lo cual facilita su empresa histórica. Como agente dominador y transformador de civilizaciones, esa cualidad les permite un asiento sólido generalmente. Y si su lengua se impone la mayoría de las veces, no siempre es así, como en el caso de los Kasitas sucesores en Mesopotamia de los Hititas.

Tampoco su conquista del medio nuevo donde llegan ha sido siempre fulminante. Lo fué en las sociedades mesopotámicas porque éstas, sometidas a una tiranía vesánica, no encontraban en sí un estímulo de orden moral para la resistencia al invasor. La estructura de la sociedad asiria, por ejemplo, se asentaba en el despotismo cruel y sólo se mantenía por un continuo guerrear y el terror acrecentado. Pero entre la población y sus dominadores no podía haber ningún lazo sólido que les permitiera reaccionar ante un peligro exterior. Por muy grande que éste fuera no lo era tanto como el continuo que estaban obligados por la fuerza a soportar. De ahí que el conquistador, sea hitita, kasita o persa, sin grandes dificultades se hace enseguida dueño de la situación. El caso de los indoeuropeos que se proponen colonizar la península helénica ya no resulta igual. Su conquista se hace por etapas, poco a poco y con grandes dificultades. Acaso fué ello un factor que determina su arraigo en el suelo helénico, pues vemos cómo los hyksos en Egipto, cómo los kasitas y los hititas en Mesopotamia, se fueron como habían llegado, después de ser absorbidos en lugar de absorber culturalmente. Los recién llegados a la península tuvieron que luchar duramente con los rudos pelásgos (« hijos de la tierra »), los cuales, en el curso de mucho tiempo mantuvieron su tesonera voluntad de independencia frente a los intrusos, en los lugares más escarpados de las regiones montañosas y darán motivo a los atenienses de llamarse con orgullo sus descendientes. Sin embargo, la creencia de que los pelásgos eran autóctonos, es actualmente contestada. A este respecto, veamos lo que nos dice la señorita J. Gabriel-Leroux en « Les Premières Civilisations de la Méditerranée ». « Los griegos llamaron pelásgos a los primeros habitantes de la egeida, « pueblo autóctono y bárbaro » (es decir, que no hablaba el griego). Se complacían en hallar los rastros de sus ancestros legendarios en múltiples puntos del territorio, por ejemplo, en Atenas, donde se deformaba en pelásgico (muro pelásgico) el nombre de la vieja cintura micénea, el pelárgico (muro de las cigüeñas). Hoy el término pelásgos no tiene casi ninguna significación, al saberse que ha habido numerosas olas sucesivas de egeos y que, incluso, los primeros no fueron autóctonos. ¿ Venían de Asia o de África ? Se ignora, pero se sabe que era una raza mediterránea, de hombres de talla pequeña, morenos con los cabellos ondulados, activos y emprendedores, muy dotados para las artes y que se les puede comparar sin demasiadas pretensiones a los egipcios o a los iberos ». La leyenda dice que los primeros pobladores de Cretas fueron egipcios, inspirada en el hecho de ser egipcia la primera influencia de su arte introducida por el ajetreo comercial primitivo. Entre los nuevos habitantes que iniciarán la Grecia histórica aparece un rey legendario, Deucalión. Y esa historia se sintetiza en el símbolo mítico de los dos hijos de Deucalión : Anfiction y Hellen, quienes se hacen dueños de la península. El nombre genérico de helenos viene de una aldea enclavada en los valles forestales del Epiro de nombre Heles, por el cual se transmite y se adopta el denominativo de helenos. De ellos viene la hermosa y casquivana Helena por la que, según la recopilación de poemas épicos hecha por Homero, se combatirán salvajemente acaelios y troyanos. El móvil de los acaelios y de los otros pueblos indoeuropeos confederados no es, sin embargo, otro que el de eliminar el bastión comercial asiático para facilitar su propósito de conquista total. Atenas no era más que un conglomerado de aldeas formadas con cabañas al co-

mienzo de la dinastía minósida cretense. Confederadas esas aldeas bajo Egeo, la historia de la ciudad de Atenas comienza. Según la leyenda, Teseo, hijo de Egeo, recién llegado al hogar después de un largo viaje durante el cual ha ejecutado las más estupendas proezas, vase a ruego de su padre en misión de matar al terrible Minotauro, para librar al pueblo ateniense del tributo anual humano al cual estaba obligado, para saciar la voracidad del monstruo. Como es sabido, con la ayuda de Ariana, hija del Minotauro, Teseo entra en el Laberinto, consigue matar al monstruo, y salir guiado por el hilo que a tal fin Ariana le diera. Olvidándose de ésta, que se queda llorando la ingratitud y la desilusión amorosa, se olvida también de izar bandera blanca en el mástil de su barca, señal por la cual Egeo vería que su hijo había salido airoso de la aventura. Desesperado, Egeo se arroja al mar, que desde entonces lleva su nombre. El Minotauro, hombre con cabeza de toro, había nacido de la cópula pasional de Pasifae, esposa de Minos, y de un toro del cual se había enamorado. Pero en realidad, la leyenda del Minotauro es un símbolo fabuloso en la evolución del rito primitivo de la religión matriarcal de la diosa madre, practicado en la época de la civilización agrícola igualitaria. En tiempos de Minos y de su dinastía, Cretas había llegado al estadio de la monarquía absoluta como antes los mesopotámicos y los egipcios. Pero ese período llamado aristocrático mantiene aún la tradición religiosa del período democrático anterior, si bien alterada con introducciones de tipo centralizador, procurando dar al rito religioso la fisonomía necesaria al despotismo político-social que iba a dominar en los períodos posteriores de la civilización. Por eso, de entre los animales sagrados de esos tiempos sobresale el toro, y era una fórmula de aparato ritual que el monarca se cubriera con una piel de toro, a manera de manto sagrado. El rito sagrado de adoración al toro se extiende con la civilización agrícola en su primera fase, es decir, igualitaria, arraigando uno y otro de manera particular en el suelo ibero, quedando allí como reminiscencia milenaria la fiesta de los toros.

En la lucha por la conquista del suelo peninsular, los indoeuropeos se dividen en dos bandos, que delimitando su campo de influencia hace de Grecia un díptico social, siendo cada una de las dos partes, constituida con elementos opuestos, dando por ello una orientación particular a la forma de comprender el mundo, la sociedad y la actividad humana. La guerra del Peloponeso, salida a favor de la barbarie guerrera de los dorios una lucha sin reposo que conoce sólo una tregua ante la aparición de un peligro llegado de fuera con el persa, tercer familiar de lengua y de costumbres despóticas. Atenas encamina su actividad hacia el comercio, no sin antes haber tenido su período de crueldades tiránicas con Dracon. Esparta se encamina hacia las guerras, hacia las conquistas militares, hacia el despotismo brutal, imponiendo al pueblo que domina para instalarse, la más abyecta de las tiranías que la humanidad ha conocido. Los dorios entraron en Grecia llegando de los Balkanes y eran poseedores ya de armas de hierro. No porque las adoptarían en su lugar de origen o punto de partida, donde la edad del hierro, o civilización de Hallstatt comienza más tarde, sino porque al paso migratorio suyo por el territorio macedónico allí entran en conocimiento de ese metal, probablemente llegado del Cáucaso, punto (según parece) de origen de la metalurgia del hierro. La invasión doria se sitúa hacia 1149. La primera fase de la civilización de Hallstatt, aparición del hierro en Europa Central, en 900-500 antes de la Era vulgar.

No sin tener que vencer una fiera

resistencia por parte de lacedemonios e ilotas, los dorios fijan su patria en el Peloponeso bajo el nombre de espartanos. Las glorias y « virtudes » espartanas han sido cantadas por los poetas y decantadas por los historiadores a través de los siglos, mostrando a Esparta como nación ejemplar digna de todos los encomios. La humanidad, sometida más y más en el curso del tiempo a la tiranía de la espada, la civilización controlada y dirigida por el Estado (cobrando potestad éste a medida que los siglos van pasando), el control educacional de él con su aliada, la religión, pusieron siempre como ejemplo la crueldad llamándola heroísmo, glorificando la fuerza, alabando la conquista que es expolio y esclavitud. Así, Esparta nos es conocida con el adorno de una falsa magnificencia, tergiversando a su favor la realidad histórica. « Los dorios, invasores bárbaros — dice Reclus en « El Hombre y La Tierra » — han encontrado naturalmente, historiadores adoradores de la fuerza, que se pusieron del lado del vencedor precisamente porque han vencido, siendo provechoso adular a los poderosos, incluso aquellos que murieron hace miles de años. Ciertamente el régimen impuesto por los espartanos fué atroz, y que el pueblo de los ilotas, de libre y pulcro que era antes de la conquista, se vuelve un lamentable amasijo de esclavos : jamás pudo levantarse de su abyección, y jamás sus amos no pudieron alcanzar la idea de la libertad cívica ».

No tan sólo para lacedemonios e ilotas, en un cuadro local restringido, la invasión doria fué funesta, sino que ella inocula en el cuerpo de la civilización griega los gérmenes de su decadencia y de su muerte. « La invasión doria hizo retroceder en todos los lugares la cultura helénica, como lo testimonian claramente las manifestaciones del arte. »

Como todas las gentes de guerra, los dorios estaban llenos de un arrogante desprecio hacia las invenciones, los oficios, las obras... » (Reclus).

Continuemos describiéndolos con la pluma de Reclus :

« Los espartanos, entregados al Estado, es decir a la asamblea de guerreros, desde la edad de 7 años, eran enseguida amaestrados, formados a su manera para ser cada uno un guerrero más. Se le entrenaba en la fuerza y en la habilidad ; se hacía de él un animal de combate, haciéndole ejercerse en la lucha sangüinaria incluso contra sus compañeros ; en los días de fiesta era librado a la canalla despreciada del populacho para que le insultara y le pegara ; se le incitaba a la rapiña incluso, como conviene a un buen soldado ; guardábase bien de enseñarle a leer, de miedo a que el estudio le abriera perspectivas de un mundo desconocido, diferente al que él estaba destinado. Apenas si debía saber hablar ; su lenguaje, interpretando una idea fija de guerra y de dominación, se limitaba a la expresión precisa de la voluntad, sin elocuencia ni poesía. »

« Pero era a los otros, a los ilotas y a los lacones a quienes incumbía cansarse para ellos, construir sus viviendas, llevarles pan y frutos, tejerles las telas y forjarles las espadas. »

« Era una fiesta emborracharlos (a ilotas y lacedemonios) mostrándolos inobedientes y vomitando, a fin de que los niños, orgullosos de su sangre más pura, aprendieran a despreciar esos esclavos. »

Dormían sobre el suelo sin más cobijo ni abrigo que el de sus propios vestidos, sometidos a duras pruebas de privación y obediencia, ciega obediencia al Estado, fuere hombre o mujer. Los espartanos, que tan feroz tiranía imponían, hablaban y luchaban (o guerrearban) en nombre de la libertad, igual que hoy hacen cuantos pretenden y consiguen la dominación de sus propios pueblos y de otros. Cuando Jerjes, pre-

tendiendo someter a Grecia, se encuentra con la resistencia de trescientos espartanos en el paso de las Termópilas, éstos, antes de sucumbir, grabaron en la roca el siguiente mensaje : « Viajero : si vas a Esparta, di al pueblo que morimos por su libertad ». ¿ Qué libertad ? La de la élite guerrera solamente ; y ni aún esa. ¿ Qué pueblo ? El pueblo no era el pueblo ; el pueblo era la inmensa mayoría ahorrada, aplastada por una tiranía despiadada, encadenada en una esclavitud eterna, sombría, sin que ni un rayo de luz de esperanza apareciera ante ella. Pero al fin y al cabo, el desenvolvimiento social y los conceptos morales de los dominadores no eran menos sombríos, atezados también de otra manera, víctimas rígidas de su propio orgullo. Así, cuando una madre iba corriendo en busca del correo que llegaba de los campos de batalla, le preguntaba :

— ¿ Qué nuevas hay ?  
— Tus cinco hijos han muerto.  
— No es eso lo que te pregunto ; te pregunto si la victoria ha sido para Esparta.

— Sí.  
— Entonces corramos a dar gracias a los dioses.

Habiendo huído un soldado del frente de batalla, su madre lo mata diciendo : « El Eurotas no se desliza para los ciervos ».

¿ Quién era pues el pueblo según su sistema político-social, ese pueblo por el cual morían los espartanos mandados por Leónidas en las Termópilas ? Un puñado de individuos, supuesta élite espartana, es decir doria, es decir indoeuropea. Ellos formaban la casta omnipotente que llevaba por nombre los iguales porque eran ellos sólo los únicos con derecho a gobernar iguales entre sí, de ese derecho promulgado por sí y para sí. Era el partido oligárquico. Y estos iguales eran los únicos que usurpaban los derechos completos del ciudadano, al mismo tiempo que se repartían en propiedad la casi totalidad del suelo.

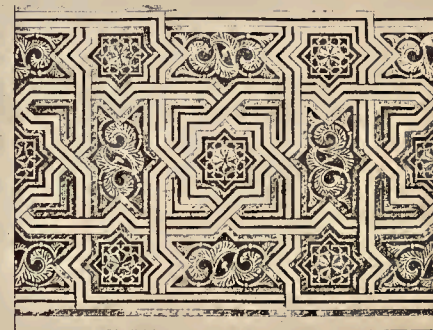
Bajo su yugo se desenvolvían múltiples clases sociales, que por orden de derecho en escala menguante, eran denominadas : los inferiores, los bastardos, los motaces, los epeunactes y los neodamodes. Después venía « la hez repulsiva » de la esclavitud, los desgraciados ilotas y lacones.

Estar fuera de la clase de los iguales, es decir, de la aristocrática, representaba estarlo del cuerpo político, dice Xenofonte.

« De todas las villas que ha habido sobre la tierra — nota Fustel de Coulanges — es acaso Esparta donde la aristocracia ha reinado de la manera más dura y la que menos conoció la igualdad... »

« ...pero en tiempos de Aristóteles, Laconia entera contaba mil propietarios solamente. »

Infinidad de rebeliones se levantaron contra los aristócratas espartanos durante los cinco siglos que dominaron. Que dominaron a fuerza de crueldad, de terror, de falta de escrúpulos morales y de astucias de zorro. Estas « cualidades hicieron fracasar una tras otra las insurgencias, de las cuales procuraban luego los iguales borrar toda huella en la Historia. Pero la causa principal por la que consiguieron mantenerse en el poder nada menos que cinco siglos fué, según Fustel de Coulanges constata, la división constante y extrema que consiguieron introducir en las clases inferiores. En continua enemistad todas ellas, despreciándose lacones e hiltas, motaces y enodamodes, no había manera de concertar una rebelión eficaz. Y los aristócratas, dueños de la tierra que eran mil en tiempos de Aristóteles, se quedaron en cien un siglo después. Los espartanos morían para que los ricos fueren más ricos, los acaparadores menos numerosos pero más poderosos y los pobres más pobres si ello era posible.



# BAJO EL SIGNO DE LARRA

SEGUNDA PARTE

I

por Luis V. Anastasia Sosa

**E**L año de 1834 termina bajo la certeza del desastre, « borrones, enmiendas y mentiras ». A partir de esta fecha puede considerarse a Larra como el portavoz de las esperanzas políticas y humanas de los del 98. Cuando éstos estuvieron, una tarde, junto a la tumba de este hermano mayor que les salió suicida, una tarde en que casi físicamente se hicieron presentes la sombra y el silencio, no pudieron menos que asociar el tedio del ambiente y la soledad del sepulcro a lo que fué el cajón de España en vida de Larra y a lo que era en ese momento: un hueco donde el existir español tenía una máscara entre el corazón y el mundo, hueco erizado de despeñaderos por donde se iban a todas luces. Idéntica incertidumbre respecto al mañana — presidida por el pesimismo y la desconfianza — encontraban en el aire de las palabras de aquel muerto; idéntica a la que les ganaba las miradas que dirigían al destino español. Y también, en él y ellos, la misma lucidez estremecida; y el despego, de esta claridad del intelecto, por la belleza de la forma.

No sabía Larra cuando las palabras se le ponían como de fuego en los labios, y entonces, descuidado, se le oían los gritos por entre la voz. Unicos gritos de verdad en su tiempo, « pues las palabras, decía, son verdaderas linternas mágicas: el mundo todo pasa a través de ellas. Una vez encendidas todo se ve dentro » (« Por ahora »). Esta totalidad de la existencia, reducida al interior de una linterna mágica, donde sólo podría verse como una sombra animada, era justamente eso, una sombra de libertad, presa del escenario y de las candilejas: « cuando uno oye la palabra libertad, sólo ella, solita, cree uno estar oyendo una larga comedia », o viéndola — porque para el caso es lo mismo — en ese interior iluminado, con su comparsa de figuras secundarias, accionando con gestos de títere, mecánicas y siempre iguales. « A mí se me figura que he visto ya en otra parte todas nuestras novedades; y debe de consistir en que las unas son plagios, las otras imitaciones, y las demás repeticiones de nosotros mismos. Siempre vamos por el mismo camino, y lo que es peor, al mismo paraje » (« Carta de Figaro a su antiguo correspondiente »).

Falta de libertad. Este es el pensamiento de Larra. Monotonía de la existencia española, representando siempre

ciencia de ser un desarraigado, o, tal vez mejor, un inarraigado, el que no ha podido encontrar sitio para su vida. « Por todas partes a donde nos volvemos para marchar nos encontramos con la pared » (1832)... « pared que fuera locura pretender derribar » (1833). « ¿ Qué hago yo en Madrid, en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas...? ¿ En este Madrid, que sólo se puede comparar en eso con nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse a moverse sin tropezar con una traba?... todo es chico en Madrid: no quepo en el teatro; no quepo en los empleos; todo está lleno, todo obstruido... Fuera, pues, de Madrid » (« Las antigüedades de Mérida », mayo de 1835). Idea persistente esta suya de que no tiene lugar, de que a duras penas puede mantenerse en medio del torbellino, del « oscuro laberinto », que ha venido repitiendo de diferente manera durante estos años, hasta llegar a parecernos una obsesión física, y que tendrá, al fin, su resultado y conclusiones con motivo del viaje que emprenderá Figaro en abril de 1834.

Su estado anímico en el momento de la partida está sutilmente dibujado en « La diligencia » (abril de 1835). En este artículo se mezclan extrañamente la sensación melancólica de la despedida y la repugnancia ante la confusión y el desorden. Pero de tal manera está preso de la situación que apura su experiencia hasta lo último. Sabe que en los patios de diligencias, mejor que en cualquier otro lugar, está contenido y reducido el mundo de la sociedad española, del mismo modo como, años antes, se había encontrado a España en un incongruente desván. « ...el patio de las diligencias... es uno de los teatros más vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres. Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados: no hay sino ver y coger ». Lo sabe y no pierde tiempo en pasear la mirada, afanoso, por las cosas y personas que hay allí. Ha entrado en materia y procede con la rapidez que le es característica, trazando contornos y perfiles de rincones y caracteres, aguzando los rasgos en busca de la caricatura. Como siempre. Como lo ha hecho hasta ahora. Poseído por un vértigo que tal vez sea la réplica de su vida al tedio que tiene en el corazón. « Los primeros (pasajeros) tienen capa o capote, aunque haga calor; echarpe al cuello y gorro griego o gorra, si son hombres; si son mujeres, gorro o papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡ que más sé yo! ». Pero al culminar con esta observación, típica de su temperamento, parece que, de un modo subterráneo, lo ganará la conciencia de que él es un viajero más, y que el tiempo le arrebatase los últimos instantes que le quedan sobre seguro. No se explicaría, si no, el modo como describe a continuación el lugar, fijando de una sola ojeada la figura de la inmovilidad expectante ante el paso del tiempo. « A la derecha del patio se divisa una pequeña habitación; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la población; media hora falta sólo... » Ha inmovilizado la escena, con todos sus personajes envueltos y absorbidos por la misma preocupación, el tiempo. Puede percibirse, además, el silencio. Pero, así como se ha suspendido, inmóvil, sobre el instante fugaz, y a todos con él, imperceptiblemente comienza a deslizarse hacia su clima habitual. No puede evitar, aún en esta circunstancia propicia a la melancolía,

la desviación hacia la ironía. Y tan íntimamente liga el estar en vilo ante el paso del tiempo con la burla siguiente, que sólo termina la frase con un punto y coma, pasa levemente por una delicada situación, y se instala de lleno en la contemplación irónica de la misma situación aludida. « ...media hora falta sólo; una niña, ¡ qué joven, qué interesante! ¡ apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas: a su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pie, su trémula mano... »

— Vamos, niña — dice la madre, robusta e impávida matrona, a quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última — ¿ a qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo ». Lo que empezó como descripción de un instante decisivo se le ha transformado a Larra, ante los ojos, en caricatura. ¿ No es esto, acaso, imagen de su descreimiento por lo que deja, de sus constantes faltas de fe y arraigo? A través de muchas circunstancias semejantes hemos comprobado que no puede detenerse en la abstracción sentimental, como la hacían los románticos. Analista demasiado sutil, no tiene confianza en las actitudes de los hombres; las ve muy por lo menudo, cosa muy pequeña y cotidiana, para que pueda creerlas fuertes y sinceras. En la descripción que sigue continúa estremando la mirada irónica, hasta desprender cosas de personas y hacinar unas y otras en la confusión: « Empaquetado todo el mundo, se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura, las preguntas del francés, los chillidos del bambino que

arrea los caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida ». Es indudable la repugnancia de este solitario en acecho, contemplativo y analista, por la confusión humana. El momento de la partida, presidido un poco antes por aquel expectante silencio, se ha deslizado, como por una pendiente, hacia la más opuesta actitud; y este es el momento elegido por Larra para representar, plásticamente, el desarraigo violento, aquel que más íntimamente se refiere a sí mismo.

« Por fin suena el agudo rechino del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante a una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos e inquilinos a buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo ». Con este admirable pasaje logra fundamentalmente dos cosas, referidas en última instancia a lo mismo: hacer manifiestas ciertas desmesura y distorsión contenidas en su experiencia actual por el contraste entre dos sensaciones físicas; una auditiva, otra visual — el agudo rechino del látigo, la mole inmensa se conmueve; sensación esta última que se liga y combina con la imagen siguiente, hasta el final de la frase, donde la preponderancia de las sílabas fuertes con sonido de golpe, *pre, tras, trar*, etc., produce la ilusión de que algo se arranca, efectivamente, de raíz. Con esta momentánea certeza de monstruosismo que adquiere el lector, sugestionado por tal acumulación figurativa de elementos físicos, ha señalado Larra, con pelos y señales, el instante de su extrañamiento del presente español.

## EL LIBRO Y LA CRÍTICA

### La Resistencia en la Literatura

**C**ON motivo de cumplirse en 1955 diez años de la liberación, la editoria italiana « La Base » dió a la estampa un hermoso volumen antológico de trabajos poéticos y relatos de escritores en número de 39. La selección debióse al buen criterio y perfecto gusto de Aristide Marchetti y Guido Tassinari, que espigaron a fondo en la literatura de la resistencia donde hay páginas de fría veracidad, asombrosamente heroicas, terriblemente vividas en suplicios padecidos por el enorme ejército de víctimas de la guerra, del nazifascismo, del totalitarismo que puso un manto funerario sobre la mitad de los pueblos del mundo.

Como ornamento, figuran reproducidos diversos trabajos de catorce dibujantes y pintores italianos, relacionados todos con escenas de la resistencia, que complementan el texto del libro con terrible patetismo. Sin comentarios alusivos, dejando que los propios documentos hablen su lenguaje natural, sin dramatismo de propaganda, este libro presenta a grandes trazos los contornos del pavoroso drama de terror y de muerte que vivió Europa durante el último cuarto de siglo.

« La resistencia en la literatura », que tal es su título, es un monumento al dolor experimentado, a la humildad, la bondad, el candor de tanta alma limpia inmolada por los verdugos profesionales del barbarismo. Es el poema histórico ya del sufrimiento en todos los grados que, anónimamente, casi siempre, cayó sobre las espaldas de quienes no aceptaron los rigores de la dictadura, la brutalidad de la guerra, la delación, la soplonería ni comieron pan ensangrentado. La resistencia es el secreto remachado al corazón del combatiente; es el espíritu revanchista que insufla las venas, arquee el pecho, crispa de emoción los nervios por aplastar a los traidores. Es el espíritu de libertad, de resurrección que emerge de la sangre y riega el cerebro. Es el susurro, la acción silenciosa, la ayuda cordial, ancha y amplia, el ataque constante, intermitente, segu-

ro como la gota de agua que hizo morde el polvo a todos los verdugos.

Este libro es un testimonio humano de increíble valor. Los más refinados tormentos a que el nazifascismo sometió a sus víctimas para exterminarlas moral y físicamente, es el más asombroso poema épico de todos los tiempos. Sin piedad ni misericordia, olvidando los más elementales principios del ancestro, saltan en desfile de las páginas de este libro, el lamento en rumor de tanto padecer irredento, despidiéndose de la existencia; despezado su cuerpo o beatíficamente fusilado, con esa horripilante crueldad que pasma el sentimiento, impide que salten las lágrimas, que contrae los músculos del corazón, paraliza la acción del sistema nervioso y entregase exhausta, rendida, a lo irremisible.

Cada relato, cada poema, presentan su escenario y su tragedia, que son siempre los mismos.

La tragedia de los siete hermanos Cervi contada por su progenitor. El campo de Haidari, de concentración e industria de la muerte. La Liubka de La Joven Guardia que Fadaiev inmortalizó. Los mártires de Piazzale Loreto. Los grandes muertos de Marzabotto y la Selva de la Muerte arrancan la lágrima y el grito, el furor y la rabia incontenidos, la canción, la elegía y el himno de la esperanza. Porque en tanto existan pueblos de este temple sobre la corteza terráquea, por muchos vendavales y maremotos que la azoten, la vida del hombre, la conciencia del hombre, el espíritu inaccesible del hombre serán una garantía, una promesa, un futuro florecer del espíritu.

Lástima que la resistencia española no tenga aquí su representación. España, desde principios del siglo padece los efectos del terror militar, de los crímenes de inquisición clerical, del canibalismo político. Igual que muchos pueblos europeos pagó por una libertad perdida su tributo de sangre. El material de su resistencia es tan voluminoso que per-

• Termina en la página 11 •



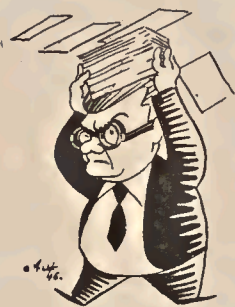
el mismo absurdo. Cansancio vital por un lado e hipocresía por el otro.

Los hombres se le desmenuzaban bajo la mirada, pues veía realidades. Realmente los veía como parásitos, vegetales, alimañas de todas clases, minerales, subhombres. Recordemos « La planta nueva », « El ministerial »; y sus artículos de ahora, « El hombre-globo » (mayo de 1835), « Los calaveras » (junio de 1835), destinados a ampliar la galería para lo político y lo social respectivamente. No lo detiene el tedio que le ha ganado el corazón. Hombre difícil, es consumido por una fiebre de hacer que lo lleva de un lado a otro y que le va preparando el nacimiento y la formación de una especial conciencia de desarraigo, la certeza de que pierde sus raíces vitales. Aquí es donde se nos desnuda su pensamiento. Cuando queda sólo y se da cuenta que pierde la tierra bajo su alma, que la historia de su patria es un hueco por donde silba el viento igual que en una ruina. Larra, escritor de circunstancias y contra circunstancias, tendrá agudamente la con-

# El mundo es así



golo» o andanzas de viejo verde en demanda de juventud que violar, coito que pagar y suegros que comprar. Todos los juegos de la literatura (ya lo escribía genialmente hace un siglo Multatuli) consisten en averiguar si tal o cual Eva quedará intacta cuando cerremos el libro o aparecerá despeinada como una Magdalena.



**DOCTRINA REDUCIDA POR FLOREZ ESTRADA SINTETIZADA POR COSTA Y REPRODUCIDA POR ANSELMO LORENZO.**

— La propiedad individual de la tierra, o sea del suelo, es contraria a la naturaleza y condenada por la ley natural y por sus resultados. Por haberse apropiado de la tierra determinados individuos, la gran mayoría del género humano se ve en la imposibilidad de trabajar, no obtiene el trabajador la debida recompensa de su trabajo, y viven en pugna los intereses de los asociados. Por punto general, la discordia en las sociedades humanas no reconoce otra causa que la miseria de las masas trabajadoras, nacida de las privaciones legales que sufren en el disfrute de las cosas producidas por ellas... Apropriadada la tierra por un corto número de individuos, los demás se ven colocados en la dura alternativa de sucumbir a la falta de subsistencias o de desprenderse de una parte del producto obtenido con su trabajo a cambio del permiso del propietario para usar de tal tierra apropiada; las leyes que han canonizado tal hecho, so color de proteger el derecho de propiedad, lo destruyen de raíz, pues en vez de asegurar al trabajador el producto integro de su trabajo, lo despojan de una parte muy considerable de él para premiar la ociosidad de quien no ha producido cosa alguna: con lo cual hacen impracticables las bases de la sociedad humana, que son la imprescindible obligación de trabajar, y la consiguiente facultad de disponer el individuo del producto de su trabajo; convierten el derecho de propiedad en una quimera, falsean el sistema social y esparcen simiente de guerra inextinguible entre los hombres. ¿Sería justo que una clase social se apropiara las fuentes y los ríos, y que los desheredados tuvieran que pagar al dueño una renta sólo porque les dejara beber? Pues la tierra es un instrumento tan necesario a la vida humana como los ríos y las fuentes, y el monopolio de ella no constituye una usurpación menor. — « El patrimonio universal », por A. Lorenzo, edición S.O., pág. 24.

**FILOSOFO DE CAPIROTE.** — Nuestro concepto de la Meca tiene que cambiar. Ir a la Meca como peregrinos no ha de confundirse con el hecho de sacar pasaporte para el cielo. Tampoco ha de confundirse con la comodidad de obtener indulgencias tras una vida aventurera. El viaje a la Meca tiene que ser expresión o manifestación de potencia política. La prensa del mundo entero tendrá que ver la afluencia de mahometanos allí, no para ritos de tradición, sino como gran comicio político periódico, en el que los jefes del mundo musulmán, sus hombres públicos, sabios, mercaderes y también las juventudes, podrán definir en el conjunto de un parlamento, las directivas de estrecha cooperación islámica. — Nasser, dictador de Egipto, en su libro « The philosophy of the Revolution », resumido el 20 abril 1956.

**SECRETO DESCUBIERTO.** — Almorzando Linares Rivas y el gran actor Paco Morano en un hotel de España, salió a colación el tema, tan llevado y traído, del carácter adusto de Morano: intolerable por agrio y hasta grosero generalmente, aunque cordial por excepción. No quiso desperdiciar Linares Rivas la ocasión propicia que se le presentaba de aclarar el caso y en aras de buena amistad — para Morano había traducido Linares, si no recordamos mal, « El Cardenal » — le preguntó si creía en el propio mal genio. — De ninguna manera — dijo Morano. Lo que pasa es

que este carácter mío tan violento, re-funfuno y a veces ordinario (soy el primero en reconocerlo) es mi arma defensiva. ¡ Pobre de mí si no pusiera barrera a mi extremismo cordial! Me comerían por sopas! Pero mi brutalidad aparente frena intentos y cohibe arremetidas. — « A.B.C. », 25 agosto 1956, artículo de M. Merino.

**EL SONETO DE LA VIDA.** — Cabe la vida entera en un soneto = iniciado con lánguido descuido, = y apenas comenzado ha transcurrido = la infancia, imagen del primer cuarteto. = Llega la juventud con el secreto = de la vida, que pasa inadvertido = y que se va también, que ya se ha ido = antes de entrar en el primer terceto. = Adultos, a mirar ayer tornamos = anhelantes sin tregua del mañana = y así el primer terceto malgastamos. = Y cuando en el terceto último entramos = es para ver con experiencia vana = que se acabó el soneto... y que nos vamos. — De un calendario de pared.

**NO ES MAL SASTRE EL QUE CO-NOCE EL PAÑO.** — ¿ Sabe lo que me admira más en este mundo? La impotencia de la fuerza para crear nada. — Napoleón (a Fontanes). « L'Express »,

**DESLINDE.** — Unos cuantos estudiosos publican a partir de pocas semanas recientes en Montevideo la revista « Deslinde ». Parece inspirada en aquel pensamiento inmortal de que el arte no es tanto trabajo seleccionado como trabajo seleccionador del que lo hace. No seleccionador y modelador de materia muerta. Lo que el arte selecciona y anima no es materia inerte, sino personalidad viva de predispuesto artista. Algo parecido venía a decir Goethe al demostrar que el arte es remedio contra lo demoníaco, lo disipado y lo banal, « el último refugio del que escapa a la barbarie » como dicen los animadores de la revista « Deslinde », muestrario de temas certeros, empezando por la elección del título, original de Alfonso Reyes en su obra propia.

**VAMOS A VER...** — En lo que atañe a la literatura de sensación, los animadores de « Deslinde » ponen de relieve el caso de « cierta unanimidad crítica para enjuiciar con benevolencia y hasta con admiración » las dos novelas aparecidas en Francia de Françoise Sagan, joven que tiene menos de veinte años y no menos de millón por año como titular de derechos en el comercio de librería. Tal vez sea esa condición de millonaria la que más contribuye a la notoriedad de la autora... Pero no. El deslinde crítico de la revista uruguaya justifica un punto de mira propio reproduciendo lo que se escribe en la « Nouvelle Revue Française » de mayo 56. « Françoise Sagan, ¿ escribe sus memorias o una novela? La autora dice novela. El lector entiende memorias. Según me dicen, su primer éxito provino de que ella contaba como había dado muerte a la querida de su padre. Esta vez cuenta de qué manera engañó al amante con su tío. ¿ Qué va a suceder? Doscientos mil lectores cada año en Francia y más todavía en el extranjero van a preguntarse abriendo un nuevo libro de la Sagan: Vamos a ver con quién se acuesta este año... »

**VAMOS A SEGUIR VIENDO...** — Poco costaría demostrar que la novela actual, en los países latinos sobre todo, está dominada por el tema fálico, pero como obsesión, lo mismo que está dominado el cine más aceptado y el teatro preferido por tal preocupación, que resulta máxima y exclusiva. Las excepciones no hacen más que confirmar la regla. Con el tema fálico alterna el whisky y el hastío (curioso paralelismo con las producciones del romanticismo). He

aquí lo que leemos al respecto en « Deslinde »: « El hastío sirve para la metafísica, para la profundidad. Para combatir el hastío, el whisky, otra palabraclave del libro. Se bebe metódicamente en las páginas 25, 36, 61, 62, 79, 82, 84, 89, 103, 161, 163 y 182. Es muy necesario. Sin whisky no hay sonrisa, no hay novela, no hay Françoise Sagan: queda muda, estúpida, incapaz de abrir la boca. Es ella misma la que nos hace esta confesión... »

**TODAVIA NOS QUEDA POR VER.** — ¿ Vamos al cine en un momento de inconsciencia? Allí nos espera una playa llena de Evas más desnudas que Eva, removiendo rítmicamente o como sea las caderas. Pueden éstas tentar a un grullo cliente de cualquier sastre metro en mano o de ropa hecha, pero grullo integral, visiblemente inhibido en todo caso como venusiano en la vida corriente. ¿ Leemos una novela en otra hora de inconsciencia? Allí encontramos en el curso de 200, 300 o más páginas la preparación metódica del coito. Nada más. Todo depende del coito. Sin éste no habría novela ni novelería. ¿ Vamos al teatro en un minuto de buscado reposo? El matrimonio escénico surge inmediatamente, preparando cada consorte por su cuenta y consumando los más variados tapadillos de alcoba, incestos en potencia, amoríos en tres actos para desembocar en el dormitorio, líos indecifrables si no se tiene en cuenta el eterno factor lascivo, entretenido horas seguidas con aperitivos de coquetería masculina o femenina y maniobras de matrona cincuentona que envidia al « gi-

**TODO LO HABREMOS VISTO.** — Cuando el espectáculo grosero y la vida no menos grosera cambien el tema prosbituario por el tema limpio, todo lo habremos visto. El acontecimiento podría justificar un principio bien orientado de civilización, no manchada ya con el estigma visceral. Observemos en la literatura la dependencia total de las situaciones. El autor las fija invariablemente en la zona menos noble del ser, es decir, de la cintura para abajo.

**EL ROBO EN FUNCION DE LA VELOCIDAD.** — Según la prensa sueca, el robo de ingenios rodantes llega en Suecia a ser una calamidad nacional. Más de 12 mil vehículos fueron robados por jóvenes de 15 a 20 años en 1955. En Estocolmo, hechos por el estilo se cuentan a razón de quinientos o seiscientos por mes. La intención que guía a los cacos es organizar carreras de loca velocidad con exposición inminente de vida. En dos mil millones de francos al año se calcula el perjuicio material de tales hechos. Lo extraordinario del caso es que la campaña represiva contra los jóvenes que expropiaban vehículos se ha visto continuada por ladrones de avión que van apareciendo cerca de cada hangar. Incluso hay un joven de veinte años detenido por haber intentado robar una locomotora.



## DEJO DE EXISTIR EL ESCRITOR PIO BAROJA

**S**E trata del novelista y ensayista más recio de la España contemporánea. Pío Baroja y Nessi nació en San Sebastián, el 28 de diciembre de 1872. Estudió Medicina en Valencia y se doctoró en Madrid. En Cestona ejerció su carrera durante algún tiempo. La vida monótona de aquel lugar le hizo trasla-

A los 18 años, publicó su primer libro, « Vidas sombrías » y después « La Casa de Aizgorri »; en 1901, « Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox ». En 1902 publicó « Camino de perfección » y en 1903 « El mayorazgo de Labraz », que le consagró como novelista.

En 1910 dió « Zalacaín el aventurero », en 1913 « El aprendiz de conspirador » y « Caminos del mundo » al año siguiente. Luego « Mis paradojas y yo », « Figuras de cera », etc.

A partir de 1903, Pío Baroja ha publicado dos novelas cada año y un tomo de artículos. Muchas de sus obras han sido traducidas al alemán, italiano, francés, inglés, checo, noruego, portugués, holandés, sueco y japonés.

Destaca de entre sus obras la serie titulada « Memorias de un hombre de acción », en la cual el protagonista es Eugenio de Aviraneta, especie de « Episodios Nacionales » y en el que presenta el más variado panorama geográfico y humano con una intensidad difícil de igualar.

La obra de Pío Baroja tiene como resumen sus memorias. Los más diversos personajes desfilan por toda su producción. Baroja también escribió una « Comedia humana », plena de intensidad en donde desfilan todas las pasiones y todos los sentimientos del hombre, desde los más altos a los más bajos.

Baroja perteneció al grupo de críticos que todo lo discuten y nada solucionan, lo que no quiere decir que su obra esté desprovista de enseñanzas. En mayo de 1935 aceptó ser académico honorario de la Academia Española y en 1936, tolerado por los carlistas que lo habían hecho prisionero, pudo pasar a Francia. Regresado a España en 1937, aplanó sus humos bajo el franquismo sin renunciar, empero, a su íntima independencia.

Sojuzgado, intervino en 1938 en la fundación del Instituto de España en Salamanca, y en 1942 publicó « Laura, o la soledad sin remedio ».

Murió en liberal acérrimo, sin reconciliarse con la Iglesia, y aparte centenares de artículos, parece que deja escritos unos 62 libros.



darse a Madrid, en donde emprendió varios negocios. Entre otros, estableció una panadería en compañía de su hermano Ricardo, pintor y grabador aguafortista. Su afición a las letras, que heredó de su padre, al que se debe el libro de « Pudente », primera ópera vasca que se conoce, y numerosos cantos populares en vascuence, le llevaron a colaborar en numerosos periódicos, entre ellos « El País », « El Imparcial », « El Globo » y otros.

# NUESTRA SANGRE



El año 1492 representa la culminación de España como empresa histórica. Unidad de los pueblos hispánicos, descubrimientos del Nuevo Mundo y la primera gramática de un idioma romance, de Antonio de Nebrija. Colón y Yáñez Pinzón dirigiendo las naves hacia el continente desconocido y Nebrija dando las primeras pautas para hablar y escribir correctamente el castellano, forman un arco de la máxima expresión cultural de Europa.

« La sangre de mi espíritu es mi lengua y mi patria es allí donde resuena soberano su verbo. »

MIGUEL DE UNAMUNO.

por F. Ferrández Alborz

tismo vaticanista contrario a toda idea de progreso ; la incuria administrativa de un colonialismo despótico ; el absolutismo borbónico enemigo de la independencia de los pueblos ; el sectarismo clerical enemigo de la libertad. Esos fueron y continúan siendo los enemigos del idioma español. Los antepasados de Franco hicieron de Filipinas y de Puerto Rico lo que Franco está haciendo de España ; una colonia al servicio del Vaticano y del imperialismo.

Por eso nos extraña que en el Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española no se elevara una voz reivindicando para la auténtica hispanidad del verbo de José Rizal, asesinado por el clericalismo hispánico, por el delito de hablar con su sangre, el español creador de hombres y pueblos para la libertad. Como también sorprende que ningún cubano reivindicara la sangre, que fué voz, de José Martí asesinado por el fanatismo castrense de la España borbónica.

¿ Para cuándo espera la Real Academia la edición de las obras completas de Sarmiento ? Fué este español-argentino el primer bárbaro revitalizador del castellano con nueva savia de paisaje y sangre. ¿ Para cuándo espera la Real Academia la edición de las obras completas de José Martí y José Rizal ? Y las del colombiano Francisco José de Caldas, asesinado por el odio realista, y las del ecuatoriano Juan Montalvo. Sería una manera de pagar en algo la gracia de su amor a España, expresada en nuestra sangre, con la que recrearon nuevas zonas del espíritu y empaparon la tierra de sus antepasados, que son los nuestros.

Esos serían gestos que dignificarían a la Real Academia y le darían lo que hoy no tiene, fervor de pueblo, contenido ecuménico. Borrariamos así algo del mal sabor que dejaron en Cuba la sombra homicida del general Weyler y en Filipinas la no menos homicida del cardenal Nozaleda. Eso sería un gran acto de hispanidad. Lo demás, retórica, que no poética.

¿ Respeto a la memoria de quienes en Hispanoamérica ensancharon el mundo de nuestra sangre ? Ya nos conformaríamos con el respeto a los muertos, dejándolos tranquilos en su muerte. Lo primero que hizo el coronel Planas de Tovar al entrar en Valencia, en los últimos días de la guerra internacional en España, fué ordenar la decapitación de la estatua que la democracia valenciana erigió a Simón Bolívar. Lo que no es obstáculo para que los representantes de los pueblos que Bolívar fundó y liberó, se inclinen reverentes ante la figura de Franco. Incluso nuestro admirado Arturo Capdevila. Una manera académica de pisotear la sangre de nuestro verbo.

**V** BUENO será comenzar estas cuartillas recordando otras palabras de Unamuno, aquéllas en que, al hablar de « La crisis del patriotismo », enfrentándose con la patriotería hipócrita, dice : « En triunfando tienen razón, que es lo propio del bruto. Lo del hombre es tener verdad, no razón precisamente ». Aunque más acertado sería decir que lo propio del hombre es llegar a la verdad por la razón, no conformándose con la razón que se nos concede. Y aquí otra sentencia de don Miguel cuando, al ver que dos personas hablaban y coincidían en todo, afirmaba que una de las dos era tonta.

Lejos nuestra intención de acusar de tontos a cuantos académicos españoles e hispanoamericanos asistieron al Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Madrid desde el 24 de abril al 2 de mayo de 1956. Lo cierto es que todos estuvieron de acuerdo entre sí y en todo. Esto no quiere decir que fueran cuerdos cuantos asistieron al Primer Congreso de Academias de la Lengua celebrado en México en 1951. Pero que en México no predominara la cordura culpa fué de la Real Academia de Madrid, pues ante el dilema de la defensa del idioma y su sumisión a Franco, se inclinó por lo último. La Real Academia Española no asistió al Congreso de México porque, por entonces, el delegado mexicano en la O.N.U. atacó violentamente en un discurso al régimen franquista. Esa fué la excusa. ¿ Pero qué parangón puede hacerse entre algo tan menguado como el régimen de Franco — menguado en su simbolismo histórico aunque horroroso por el bagaje de sus crímenes — con el tesoro de nuestra lengua más de cien veces millonaria ? Los Académicos de la Real, avezados a la sumisión, cumplieron el mandato del amo abandonando el combate en la defensa de la lengua común, sangre de nuestro espíritu.

En México pudo haber combate, lucha ferviente. En Madrid sólo han habido acatamientos. Resoluciones, banquetes, discursos, misas... Nada de discrepancias, ni soñar herejías. Es de rigor entre académicos, sean comunistas, sean falangistas. Lo que importa es la coincidencia, aunque ella nos conduzca a la tontería. ¿ No había problemas a discutir ? Muchos, inclusive de mero aspecto formal. Pero sucede que la Real Academia está desvinculada de la vida en España como sus filiales de América y Filipinas lo están de sus respectivos pueblos. No existe relación ni entre los organismos oficiales de docencia, sobre los que pesa la responsabilidad de la enseñanza del idioma, y las correspondientes academias. En lo que al Uruguay se refiere, sabemos de una iniciativa de los profesores de Idioma Español del Liceo Departamental de Cerro Largo « con el propósito de lograr en los alumnos la creación de aptitudes necesarias para poder escribir sin yerros, mediante el desarrollo de las actividades co-programáticas sistematizadas ». De ella se desprendió un informe del Inspector de Idioma Español, profesor Amílcar Tiribocchi, uniformando criterios didascálicos en la aplicación de las « Nuevas Normas Ortográficas y Prosódicas » dictadas por la Academia Española de la Lengua, resolución a la vez de la Asamblea de profesores uruguayos de dicha asignatura. En el dictamen del inspector profesor Tiribocchi se piden aclaraciones a las normas con el propósito de uniformar prácticas docentes, y se afirma lo siguiente : « Desechamos por noveleros y caducos los intentos de crear lenguas neoespañolas, pero sin menoscabo de nuestro ideal de unidad esencial, atendemos a nuestra propia evolución o fijación en el campo léxico, fonético o sintáctico ».

Por conducto del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria, informe y aclaraciones fueron elevados a los organismos académicos — no podríamos precisar en este momento si del Uruguay o de Madrid — sin que hayan merecido un simple acuse de recibo, norma obligada entre personas bien

educadas. Lo que comprueba por enésima vez, que las Academias viven de espaldas a la realidad esencial de nuestro idioma, aunque retóricamente expresen lo contrario.

Hemos podido leer un resumen amplio, unas trescientas páginas, del Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Madrid. Por parte de los académicos españoles, y casi todos los hispanoamericanos, se acentúa el bordonado retórico sobre el español hecho para hablar de Dios y con Dios. (Véase el discurso de Pedro Lain Entralgo). Sin embargo, no fué el español lo que empleó Dios para revelar la Biblia, libro máximo de comunicación entre la criatura y su creador, según afirma la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Fué como una advertencia previa. En el recinto académico de España sólo se puede entrar por el aro de la ortodoxia vaticana. Los heterodoxos quedan fuera de la comunidad hispánica.

Una constante de dicho Congreso fué la defensa del contenido hispánico de los pueblos hispano-hablantes. Nos parece plausible, pero, ¿ qué entienden por hispanismo los señores académicos ? Aclarar el tema sería una incursión en el terreno de la política. ¿ Política ! Palabra nefanda. Nada de política... discrepante en las academias. No hay más Dios que Alá y Franco es su profeta, dirían los musulmanes conducidos a civilizarnos. Y ese es el credo político académico de la hispanidad falangista, la de Torquemada contra Luis Vives y Juan Valdés ; del cesarismo austríaco contra las Comunidades Castellanas y las Germanías de Valencia ; la de los 100.000 hijos de San Luis para restablecer en España la abyección absolutista de Fernando VII ; la de las hordas de Mussolini, Hitler y Mahoma para imponer al pueblo español el encanallamiento resentido del totalitarismo ; la de Franco pavoneando su climaterio bajo palio con corte de obispos.

Nuestra Hispanidad, sangre de nuestro espíritu, es otra. Se nutre del mismo verbo que La Celestina, Don Juan y Don Quijote, afirmando la voluntad de ser y perdurar por encima de las contingencias del tiempo. Aún no era ni sueño el culto a la Virgen María, cinco siglos antes de nuestra era, un milenio antes de Recaredo con su dogma cristiano, y ya el símbolo femenino de la Hispanidad floreció en nuestra tierra con la imagen de la Dama de Elche. La Historia liberadora de nuestro pueblo, incluso la de su catolicidad, universalidad, es mucho más densa y dilatada en la historia que la que el Vaticano nos ha querido imponer y ha logrado imponernos con la ayuda de Franco y su Falange.

Nuestra hispanidad es la de nuestros conquistadores y colonizadores de Indias ; los Hernán Cortés, Pizarro, Solís, Magallanes, Orellana, Valdivia y tantos otros que en la España decapitada por el cesarismo austríaco se pudrían de inacción y aquí afirmaron el mismo genio expansivo de creación de pueblos. Con ellos brota la auténtica catolicidad,

universalidad, de Fray Bartolomé de las Casas y la ciencia jurídica universal de Francisco de Vitoria. Y la cosecha de su semilla que creció en el árbol de los Miranda, Bolívar, San Martín, Hidalgo, Artigas, Sucre, que no hicieron sino dar de su alma hispánica el mensaje de libertad que ella atesora, es la libertad degollada por Franco y sus esbirros.

En dicho Congreso se dió el grito de alarma : « El Castellano, en peligro ». La zona de peligro es especialmente Filipinas y Puerto Rico. En Filipinas el español languidece penando, empujado por el inglés. El poeta argentino Arturo Capdevila alzó su voz lírica en defensa del español en aquella isla. Pero no recordó que cuando las hordas japonesas avanzaban por el Pacífico y llegaron a Filipinas dominándola, Franco se apresuró a felicitar al Japón por aquella victoria que pretendía borrar del Pacífico una isla de cristiandad. Al fin Franco tuvo que declarar la guerra al Japón cuando los japoneses empezaron a degollar españoles por el mero hecho de serlo. Las tropas estadounidenses volvieron a Filipinas, y no sabemos que Franco haya enviado felicitación. Recordar esto hubiera sido, más que política, impolítico en un ambiente cortésano. Este admirado Arturo Capdevila ! La bondad lo ha transformado en gelatina.

¿ Es el inglés el que ha expulsado al español de Filipinas ? No, fueron los que permitieron que entrara allí el inglés en plan de conquista : el dogma-

A GARCIA LORCA

por J. J. Morvan



Un hombre muy dulce ; en el viento, erraba una noche de Noel, por el Hudson. hace ya tiempo. Después, la muerte le ha llevado y cobardemente su sombra ha robado. ; Tenía tantos colores en la punta de

[sus dedos ; tanto sol y hielo en la punta de su lengua ; ]  
tanto amor desesperado !...  
; Asesinado !  
(Traducción y dibujo de G. T.)

# INDIOS Y CHOLOS



Arpas y guitarras si son usuales en el Norte, como en campiñas de Cuzco, Arequipa o Ayacucho. El instrumento musical común, cuyo golpe y contragolpe marca el paso a la alegría popular, es la caja o tinya, el viejo tambor incaico que presidió el compás de los taquis fastuosos y los hayiles triunfales del imperio.

Las diferencias que marca el ritmo lento o apresurado del mestizaje, según las regiones, no alcanzan a borrar en la población serrana las identidades profundas que le nacieron de la comunidad geográfica, la ubicación social, la historia común. El serrano no ha perdido el sentimiento de la Naturaleza; está atado a ella, a sus Andes, « por el cordón umbilical de su propia alma ». Nuestra Sierra sigue siendo fundamentalmente agraria, rural. En las comunidades indígenas y mestizas sobrevive la parafernalia ritual del indio antecesor, en torno a cultivos y ganados. Es la subsistencia o el renuevo del culto panteista, y trascendente a la mamapacha, madre tierra. La ligazón a ella se vuelve mucho más entrañable por « la actitud y la manera de trabajarla », esto es, por el congénito y devoto agrarismo indígena. El serrano sigue siendo el trabajador orgánico que no entiende la vida sino trabajando, como el productor del Tahuantinsuyo, con pasión y esmero, como a codo al vecino, al hermano, al prójimo de la comunidad. Y, tal como en los ayllus imperiales, el trabajo comunal mantiene sus tónicas cualidades estimulantes (entusiasmo, alegría, emoción religiosa, solidaridad).

Por estas virtudes no se verán cuando la tierra es ajena y el trabajo forzado; ellas presiden el trabajo de los comuneros, y toda la Sierra no está ocupada por comunidades. La mayor parte de la tierra cultivable es propiedad de latifundios, una variante de la encomienda costeña, y, ambas, producto del mismo régimen económico señorial. Como el régimen de trabajo no escapa a las determinaciones del régimen de propiedad, propiamente en la agricultura, la población enajenada al servicio de los gamonalistas soporta una trágica servidumbre.

Parte de indios y cholos vive en comunidades; algunos en pequeños poblados o en humildes parcelas propias, generalmente poco productivas; una tercera parte del total la forman los colonos, pastores, yanacomas o aparceros en las haciendas serranas. Aunque la explotación humana tiene diferencias de grado, es común el bárbaro régimen de opresión y esclavitud. El gamonalismo es toda una institución sin reconocimiento legal, pero a la que ampara la tercería prepotente de autoridades y gobiernos. Representa, ya lo dijo Mariátegui, la actitud mental de un Estado regido por la feudalidad intacta de los grupos privilegiados. Contra esta institución serrana del feudalismo superviviente, las comunidades han librado dramáticas batallas. El duelo no termina aún. Gran parte de las tierras comunales cayeron en manos del gamonal vecino o los comuneros se han unido, acorralados e impotentes, a la esclavitud del pongaje, el tributo de los brazos, el préstamo usurario del agua de riego. Ha sobrevivido, pese a todo, bien que desgarrada y en zozobra constante, la vieja institución imperial.

El indio más o menos libre, vigoroso, activo, productor, es el comunero. El colono de los latifundios casi es un ex-

hombre: derrotado, aplastado bajo los yugos, perseguido por las turbias achanzas del fraile, el gobernador, el tinterillo y toda aquella jerarquía de explotadores al servicio del gamonalismo rapaz y opresor. Las insurrecciones indígenas han salido de las comunidades indias o mestizas: José Gabriel Condorcanqui y su gran rebelión social, Amauta Atusparia y Ushcu Pedro y los cientos de sublevaciones ahogadas en sangre, y sin historia, que han conmovido de tarde en tarde la Sierra peruana. El indio humillado por el abuso, con la degradación del yugo, degenerado por el vicio, es el que observan generalmente los turistas o exportan algunos relatos peruanos incomprensivos o interesados. El otro indio, orgulloso y sobrio, potente y desdénoso, conserva lo mejor de la tradición nativa y tiene en la sangre los acentos viriles, la tónica masculina, el elemento dominante para transmitir la energía creadora de la raza. En ese hecho — y en la historia — se funda el orgullo de los auténticos cholos por sus cabeceras indias. Ahí arraiga, también, la convicción de que la suerte futura del Perú no podrá definir sin el indio o contra él.

Dijimos que la región del Norte es netamente chola, y que el acholamiento sigue una línea de avance, lento pero seguro, de Sur a Norte. También, que las condiciones geográficas condicionan la vida de cholos e indios y que el serrano tiene un acento común de expresión frente a la Costa, origen y fundamento del dualismo geográfico y espiritual, bien estudiada ya por José Carlos Mariátegui y Moisés Saenz. Agreguemos que, junto al cruce procreador de tipos humanos contrastados, factores de diversa índole siguen operando en la Sierra para determinar nuevas modalidades de vida. Carreteras y ferrocarriles han soldado contactos entre regiones y pueblos; la explotación minera abrió la perspectiva del trabajo « libre » y mejor cotizado; el enganche de braceros para las haciendas de la Costa — huérfana de los brazos negros o asiáticos — provocó emigraciones serranas, temporales o definitivas. La Sierra no albergaría ya sólo sus tipos clásicos: comuneros, colonos, arrieros, pastores, artesanos. Surgieron el minero (un poco distinto al mitayo de la Colonia) y el socorrido o enganchado; al lado de campesinos y pastores sedentarios aparecieron mecánicos indios, choferes mestizos, trabajadores aventureros. Indios y cholos que han llegado a esta nueva vida del salario alto, la nueva indumentaria, los hábitos desconocidos, han asimilado avances técnicos indudables, pero no han podido — en buena hora — desarrárgase del tenaz sentimiento por la tierra, sus realidades y tradiciones.

José Ferrando cruzando el Perú de Costa a Selva (« Panorama hacia el Alba ») pasa por las tierras mineras de Junín, y, contemplando a cholos e indios, les grita estas frases duras y esperanzadas: « Indio cobarde; ¡ levántate y pelea!; ¡ párale al blanco!; ¡ cholo animal; ¡ despierta, que eres nuestra esperanza! ». La doble expresión comprueba la existencia de los dos tipos representativos de la Sierra y su significación social presente y futura, pero, lanzadas en pertenencias de la Cerro de Pasco Cooper Corporation, llevan implícita la denuncia de una realidad económica que, si bien emancipa al hombre de la brutal tutela gamonalista, lo unce



4 Sierra es el verdadero asiento de indios y cholos. Pocos blancos figuran en los medios urbanos, campamentos mineros, latifundios, en el comando del gobierno, las industrias de extracción, la institución semifeudal del gamonalismo. Esta región alberga el 73 % de la población peruana, pero tan sólo el 36 % de la urbana. Un mapa racial de la sierra, tomando como índice el porcentaje de sangre indígena, mostraría aproximadamente 50, 70 y 80 % para el Norte, Centro y Sur. Esta última región es predominantemente indígena; el mestizaje muestra claramente sus flujos y reflujos en el Centro; el Norte es una región chola mayoritaria. Las correspondencias lingüísticas indican que aymara y quechua son más puros en el Sur y que predominan en el campo, siendo preferidos al castellano, en las ciudades, para todas las efusiones de la vida íntima. El Centro equilibra el uso de quechua y castellano. Aunque amagado de quechuísmo, voces tallanes, mochicas

y chimús, el castellano prepondera en el Norte sobre pequeñas islas quechuas en las campiñas de Conchucos, Contumazá, Huamachuco, Cajamarca, Chota, Huancabamba.

Las variantes de raza y lengua tienen sus equivalentes en indumentaria y folklore. La bella acuarela de ponchos, licllas, anacos chullos de Centro y Sur, desaparece o atenúa sus colores en la región norteña, donde los ponchos lucen la simple gama de los tintes nogal, colores netos en los pollerones, el amarillo vegetal de los sombreros de junco y palma. No falta por supuesto el guño colorista en las alforjas bicolor, las fajas de lana, en faldas y rebazos talqueados, pero dominan colores y texturas de los cortes, driles, manjores, percalas, cretonas y pañuelos floreados de importación. Pinkullos y pututos no resuenan familiarmente en los Andes norteños. Más que la penetrante melancolía de las queñas, riega su liviana tristeza la fuga cristalina de las antaras. Marinera y serranita son los bailes serranos del Norte mientras cashuas, huaynos y chachasparis dominan en Centro y Sur. El yaravi arequipeño y la muliza cerreña, corresponden al « triste » de Cajamarca, la Libertad y sierra de Piura.

a la nueva servidumbre del overall, el salario « libre », el time-check y la condescendiente discriminación racista.

Pero, sean minera, agrícola, mecanizada, comunera, aparcerera, artesana o de pequeña propiedad la realidad que enfrentan las mayorías cholos e indias, tienen un ámbito geográfico común y comparten las peripecias del mismo status social. Mano a mano, también, actúan en la vida y en la literatura. Acaso sería impropio hablar entonces de novelas indias absolutas, ya que no existen hasta ahora, en pureza de verdad. Hay cuentos y novelas con personajes indios, o con heroes indio a veces, pero mezclados a héroes y enfrentados a « blancos » o mestizos terratenientes capituleros y frailes. Se puede hablar de novela indígena cuando la tesis es social y se habla del indio como de una realidad reivindicable, pero más ajustada y cabal sería la denominación genérica de novela de los Andes, o andina o serrana, para incluir a todos los elementos humanos y sociales que intervienen, anti-téticamente, en el contrapunto dialéctico de la vida social serrana.

Dentro de este amplio y seguro cuadro cabe la precursora novela de Clorinda Mato de Turner Aves sin Nido, quien por primera vez puso al indio como problema en el tapete literario, descubriendo audazmente a sus verdugos, en especial al odioso espécimen de cura zamarrero y voraz, digno retoño de los Valverde y de los Arriaga. Por la intención podríamos alinear aquí El Padre Horán de Narciso Aréstegui y Pueblo sin Dios de César Falcón. Estos relatos, junto a los de Alegría y Vallejo, son documentos espléndidos para fundamentar y esclarecer una justa posición anticlerical peruana, tristemente evadida o escamoteada por muchos « intelectuales de avanzada », pero inevitable en el planteamiento radical de la primera de las emancipaciones peruanas, la emancipación de las conciencias, aplastadas por el monopolio religioso más de cuatro siglos.

En las obras anteriores interviene el indio, pero a su lado están como personajes los integrantes de la muy conocida trinidad explotadora de indios y cholos, asistida por su comparsa de mestizos obscuros. Indios comuneros o colonos y mestizos, actúan igualmente en Latitudes de Silencio de Hugo Pesce, una veraz exhibición de las infames condiciones de abandono en que naufraga la salud del hombre serrano, y en las obras de Serafín Delmar (Sol están devorando a tus hijos; Los campesinos y otros condenados). Sara Coscoche, de M. Robles, es una típica novela campesina para conocer la vida de indios y cholos del Sur, y advertir los interesantes flujos y reflujos del mestizaje lingüístico. El mundo es ancho y ajeno (Ciro Alegría) pese a Rosendo Maqui, la comunidad y su gran odisea, es una novela mestiza. El andinamiento, o mejor, el substratum indio que carga, es una nota común, aunque de diferente grado, en toda la narrativa de los Andes. Mestiza también es la novela Los perros hambrientos (del mismo autor, y chola por sus cuatro costados, en un logro cabal, el relato de La serpiente de oro, en la ceja de Selva.

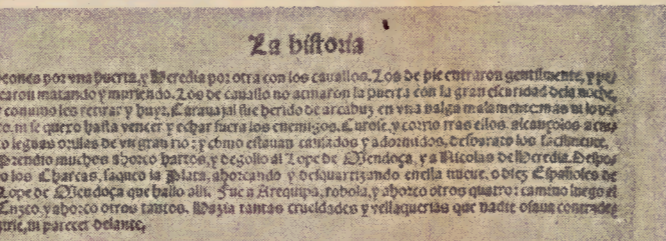
## Abraham Arias Larreta

José María Arguedas declaraba recientemente: « Se ha dicho de mis novelas Agua y Yawar Fiesta, que son indigenistas o indias, y no es exacto. Se trata de novelas en las que el Perú andino aparece con todos sus elementos, en su inquietante y confusa realidad humana, de la cual el indio es tan sólo uno de los muchos y distintos personajes ». Y refiriéndose concretamente a una de sus obras agrega: « Los relatos de Agua contienen la vida de una aldea andina del Perú en la que los personajes de las facciones tradicionales se reducen, muestran y enfrentan nítidamente. Allí no viven sino dos clases de gentes que representan dos mundos irreductibles y esencialmente distintos: el terrateniente, convencido hasta la médula, por la acción de los siglos, de su superioridad humana sobre los indios; y los indios, que han conservado con

más ahinco la unidad de su cultura, por el mismo hecho de estar sometidos y enfrentados a una tan fanática y bárbara fuerza ».

Exacta y esclarecedora la declaración de Arguedas. Las diferencias en la novelística peruana, en cuanto al hombre, sólo podrían establecerse teniendo en cuenta la ubicación del indio o del cholo en el plano principal de la acción. Tenemos así los Cuentos Andinos de López Albujar, donde el indio es sometido a una experta y audaz radiografía psicológica. Acaso, también, los relatos de Katacha, de Roberto Barrionuevo, quien hace una interpretación más sentimental del indio sureño. Pero no nos llame a error — muchos han caído en él — la aparente impasibilidad de López Albujar. Para saber qué piensa del indio y lo que siente por él (sea su Godofredo Magariño, el illapaco Jorge, los Valerio, Liberato Tucto o sus hermanos del Perú) hay que recordar aquellas profundas palabras suyas:

« El pesimismo del indio es experiencia y desdén. La vida no es ni un bien ni un mal, sino una triste realidad, y tiene la profunda sabiduría de no tomarse en serio ». « El indio cree y espera. Por eso soporta todas las rudeszas y amarguras de la vida montañesa, todos los rigores de las marchas accidentadas y zigzagantes bajo el peso del fardo abrumador; todas las exacciones que inventa contra él la rapacidad del blanco y del mestizo. Posiblemente es la coca la que hace que el indio se parezca al asno, pero es la que hace, también, que ese asno humano labore en silencio nuestras minas, cultive resinas, eufes y ras montañas antropófagas, transporte la carga por allí por donde la máquina y la bestia no han podido pasar todavía, que sea el más noble y durable motor del progreso andino ».



La historia de los colonizadores la escribieron a lanzazos.



La historia de los colonizadores la escribieron a lanzazos.

« Un asno así es merecedor de pasar a la categoría de hombre y de participar de todas las ventajas del ciudadano ».

Con el indio en primer plano escribieron sus relatos Lisandro Callar (Cooi Champi, Luis Valcárcel (Tempestad en los Andes) y el grupo de realistas cuzqueños que no han recogido su producción en libro alguno, pero cuya mención es justa al lado de sus mejores cuentos publicados en diarios y revistas: Juan José Escobar; Lirpuy Paacha, Cooi phuro — Humberto Pacheco; El Tuco Origen de la waraka — Roberto Latorre; La muerte del indio Mariano, Murió la Sabela, Caña Brava, el Nakaj. Hay otros cuentistas que captan de distinto modo su realidad regional: Jorge



Marmanillo, José Luis Rodríguez, Carlos Ríos Pagaza, Darío Eguen Larrea, Ángel Vega Enriquez, Luis Felipe Aguilar, J. A. Velazco, J. A. Escalante. Lo mejor de esta producción la encontraremos pronto en la antología que anuncia Rubén Sueldo Guevara, autor de « Panorama actual de la Literatura Cuzqueña » (Cuzco 1949).

A este grupo debemos incorporar Grito (Lima, 1951) contribución de Jorge Flores Ramos, nuevo autor, de indudable porvenir en el relato si nos atenemos al empuje social y al sincero indigenismo de cuentos como Uyhua Chita, Antcestros, El recluta, Grito.

### EL CHOLO DE LOS ANDES

El mestizo de los Andes — el cholo — es el personaje principal en los relatos de la zona Norte, aunque no lo excluyen cuentos, estampas y novelas de Centro y Sur peruanos. Hemos definido ya a este tipo humano producto del cruce de españoles e indios — y luego de mestizos e indios — cuyo porcentaje es abrumador y creciente en las estadísticas de la población. Abumador y creciente es, igualmente su imposición en la vida nacional, como expliqué en trabajos anteriores.

Garcilaso de la Vega contaba que « a los hijos de los mulatos llaman cholos, es vocablo de las islas Barlovento, y

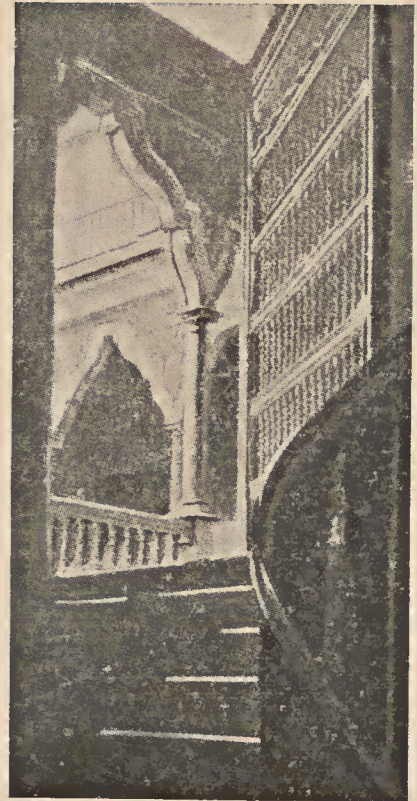
quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos y gozones, y los españoles usan de él por infamia y vituperio », (Comentarios Reales). El padre Bertonio en su « Diccionario Aymara » hace derivar la palabra de chula: mestizo, perro chusco. Y otro diccionario, el de Santa María (1, 531) trae diferentes acepciones y usos del vocablo: « Una de las cuatro tribus aborígenes de Panamá — Perro de color negro y apodado el peruano (Chile) — Indio medio civilizado (México) — Por extensión, persona muy morena (Costa Rica) — Tratamiento familiar y cariñoso (Costa Rica y Ecuador) — Por analogía, persona o animal que mima (Venezuela) ». El Diccionario de Peruanismos de Juan de Arona tiene esta pintoresca definición del cholo: « Una de las muchas castas que infestan el Perú; es el resultado del cruce entre el blanco y el indio. El cholo es tan peculiar a la Costa (?) como el indio a la Sierra y, aunque uno y otro se suelen encontrar en una y otra, no están allí sino de paso, suspirando por alzar el vuelo: el indio por volver a sus punas y a sus llamas, y el cholo por bajar a la Costa a ser diputado, magistrado o presidente; pero, pero es extraño, por exageración democrática, los primeros puestos de nuestro escenario político han estado ocupados por cholozos de tomo y lomo ».

La mayor parte de lo dicho en torno a la etimología y al uso de la palabra en referencia, tiene explicación histórica y, en algunos casos, actual. Para los conquistadores era inferior y despreciable el fruto de blancos e indias, y pudiente echar mano de un vocablo denigrante para calificarlo. No nos sorprende, entonces, la comparación con perro chusco, bellaco, gozón y, por analogía, que mima, ya que el mestizo heredó los yugos del indio y tuvo que hacer fiestas al amo — patrón o cura — y aún besarle las manos como siervo (hasta ahora lo hacen los desheredados). Lo del color moreno se explica por el cruce, lo mismo que lo de indio medio civilizado que extraño, que cariloso — cholo el mismo — pusiera a los mulatos como progenitores únicos de los cholos. Sea como fuere, andando el tiempo la república introdujo el uso del término cholo en tratamiento cariñoso y admirativo. Ahora conviven paradójicamente las expresiones de desprecio y cariño, la desdénosa y la admirativa. Y se dice familiarmente « cholo triste », « querido chollito », « cholita del alma », « cholo bruto », « ¡ qué rico cholo! ».

De la digresión inferimos la evolución que ha cumplido el vocablo desde su infamante y absoluta significación de vituperio. Del mismo modo ha ido evolucionando el cholo como entidad biológica, cultural, histórica y es ya una realidad que, junto al indio que camina hacia él, tiene en sus manos el porvenir de la república. Con esta advertencia indispensable — el cholo migra y supera al blanco, pero continúa al indio —

Lo difícil es establecer « dónde principia el cholo y dónde termina el indio », como dijera Serafín Delmar. Sólo es posible repetir que el mestizaje sigue una curva ascendente del Sur al Norte de los Andes peruanos. En el Norte las expresiones cholos son mayoritarias, pero la yeta india no termina allí, ni más allá. Es el substratum aborígen, más aún, el humor histórico que no puede morir. No es extraño, pues, que en el relato norteño, predominantemente cholo, se descubran fácilmente las raíces indias, y que beligeren cholos y cholos en cuentos y novelas de las zonas con más densa población indígena.

Ahora puede entenderse por qué llama cholos a los personajes de Ciro Alegría, a Rosendo Maqui, a Demetrio, el flautista, al fiero Fidel y al insurgente Benito Castro (El Mundo es Ancho y Ajeno); como a la pastora Antuca y a los activos Celedon (Los Perros Hambrientos). Cholos y cholos, huelga decirlo, son las gentes de La Serpiente de Oro. Los cholos de Alegría forman una galería vertical desde la banda fluvial de los temples hasta las jalcas pastorales, exhibiendo el panorama superpuesto de las tradiciones, la realidad económica y la ubicación social de los grupos serranos. Porfirio Meneses (Choleros) presenta, en cambio, una galería horizontal de la cholada ágil, ruda, voluntariosa y alegre, que se riega en las comarcas del valle de Huanta (Ayacucho). Estos cho-



Interior de mansión peruana.

los, a quienes Meneses maneja y sondea el alma muy desahogado, son tipos definidos pero aislados en un departamento donde el mestizaje no alcanza aún el porcentaje que tiene la sierra norteña. Forman una isla mestiza como aquellos habitantes de Tomayquichua (Huánuco) cuyas bellas mujeres, bellas y querendonas, retrata tan gozosamente López Albujar: « casi todas chollitas claras y rubionas, ojos de verde uva, cintura quebrada, de mirar impávido y garbosa para andar ».

El cholo arequipeño tiene la vitalidad y la definición de aquellos huantinos y de los santiaguinos y cajamarquinos del Norte. Acaso la más sabrosa de las versiones del cholo arequipeño — pese al estilo digresivo y romántico — la haya dado hace poco Juan Manuel Cuadros en Tres Relatos de mi Tierra (1951). En otra actitud lo han registrado Guillermo Mercado, en su esbozo de novela, El Donato, y el promisor Olivares del Huerto en Cuentos Loncos. Buena realización novelada con cierta tendencia social, es la de Vladimiro Bermejo en su reciente obra Pólvera.

Al otro extremo del Perú hay un nuevo registro de cholos de todos los oficios y cataduras en los cuentos de Tierra Mia (A. Pelas Bazán) Tierras del Alba y Cuentos de Tío Doroteo (F. Izquierdo Ríos). Son los mismos cholos que en la misma región se tipifican por el distinto escenarío, para mostrarse cholos pastores en La Guacha (J. Garrido Malaver), cholos mineros en la jalca de Quiruvilca desde Tungsteno (César A. Vallejo), primera novela que recoge el eco antiimperialista, difuso aún como el posterior Lampaditas de Minero de A. Matas Cueva, si lo comparamos con el más definido de El Mundo es Ancho y Ajeno (Ciro Alegría).

La cholada del Callejón de Huaylas — cuyo escenario maravilló a Raymond y a todos los que se han llegado hasta su mapa fascinante — no tiene una sola novela — si excluimos la reconstrucción histórica de Amauta Atusparia (Ernesto Reynas) — y no tuviera representación en el relato si no fuera por los folkoristas escasos cuentistas, que han puesto los primeros jalones de su reconstrucción literaria. Hay una Antología de los cuentistas ancashinos (Ed. Nueva Era-Huaraz, 1949) y la recolección del folklore tiene un primer tomo de C. A. Angeles Caballeros (Ed. Rimac, Lima, año 1951).

Para conocer un sector de la cholada norteña, de la ciudad especialmente, y percartarnos de su conducta comandada por las imposiciones corrompidas de la política criolla, el centralismo y la iglesia católica, no hay documentos más sinceros e inobjektivos que los de Abelardo Gamarra, el Tunante. « Por su sentimiento y por su entonación, su obra es la más genuinamente peruana de medio siglo de imitaciones y balbuceos » dijo en 1930 J. C. Mariátegui Rasgos de Plumas, Pelagatos y sus Instituciones, Cien Años de Vida Perdularia

● Termina en la página siguiente ●

# INDIOS Y CHOLOS

• Viene de la página anterior •

radiografían las úlceras tenaces que corroen la vida de la república, con un pulso y una vaentía sólo comparables a las que exhibió, en igual empresa, la pupila audaz y el memorable bisturi de Manuel González Prada. El Tunante agregó un mordiente más, el de la ironía, más penetrante y caustico porque se administra en prosa llana, campechana y popular. Hasta ahora circulan en la capital y en las aldeas andinas, en las oficinas provincianas y en el parlamento, los tipos realistas tallados en sus crónicas (capituleros políticos, diputados fiambre, tinterillos, subprefectos, mamachas y visitantes, los churgapes y los cungules de los bandos politiqueros, el diputado presidencial y el diputado contra). Muy poco o nada han cambiado instituciones y costumbres que vapuleara tan ejemplar como regocijante (municipalidades, Sociedades de Beneficencia, Cofradías de Auxilios Mutuos, antenas ministeriales y del Palacio de Gobierno, expedienteo administrativo, curandería de los « duendes », « rumiante » y « felpudos », que medran en la politiquería criolla y legan las tetas del presupuesto a sus descendientes.

Pero aclaremos algo del Tunante con el mismo Mariátegui. « En la obra de Abelardo Gamarra se evidencia un generoso idealismo político y social. Está por encima de Segura : la obra de El Tunante tenía un ideal ; la de Segura, ninguno ». A lo que Mariátegui se refiere es al ideal de transformación nacional que inspiró González Prada y que fué mantenido al tope por el gran machuquino. Hace poco se publicó el primer libro cabal sobre Abelardo Gamarra, comenzando de este modo la reivindicación de su nombre y de su obra, que hasta entonces sólo tuvieron la justicia de unos cuantos comentarios aislados aunque significativos de Mariátegui, José Gálvez, Federico More, L. A. Sánchez, etc. Comentando el libro de Julio Galarreta González en « Repertorio Americano », afirmé, entre otras cosas, que si González Prada era el primer instante lúcido de la conciencia peruana, Abelardo Gamarra fué el primer realizador literario de esa conciencia. Y valorando el esfuerzo de Galarreta, agregaba que su actitud sirviera de ejemplo para la nueva generación peruana, gran parte de la cual se va dejando domesticar por el colonialismo confesional y exotista, reo directo del desperuanizamiento y de la desamericanización, en nombre de cándidos ideales hispanistas. No se olvide que para peruanizar al Perú, hay que emanciparlo. Y buena parte de esta tarea es la de aprender a expresarse con sus propios recursos. Cholos o mulatos peruanos deben hablar como tales. No hay nada más triste que un mulato puliendo la boca y torciendo el alma para imitar a los retóricos franceses, ni nada más indigno que oír a un cholo que tartajea gorgoritos puristas, y se pavonea de prestado con las lociones rancias de la farmacopea literaria forastera. La universalidad en el arte no se conquista desde arriba y de afuera, sino a la inversa, desde abajo y de adentro. Sepamos hablar como peruanos, como indoamericanos, en primer lugar. Es decir, aprendamos a pararnos sobre nuestras propias raíces como lo enseñó Gamarra. Y cuando lo aprendamos, no hay que olvidar la lección complementaria del Tunante, que puede resumirse en estas palabras : de nada vale el artista, si nos falla el hombre.

Es bueno comprobar que todo relato de significación salido del Norte — cuento, novela, estampa costumbrista — tiene las cabeceras de su estímulo en la obra de Gamarra, quien, además, fué el histórico descentralizador del costumbrismo atrincherado en Lima. El ejemplo humano tonificante y la sincera raíz regional y peruanista del Tunante son así, de hecho, antecedentes de los intentos narrativos de César Vallejo y de los logros novelísticos de Ciro Alegria. Los tres, a su vez están motorizando la trayectoria creadora de los cuentistas jóvenes sin libro publicado aún, pero cuyas realizaciones están más allá de la mera promesa : A. Contreras Sosa, Lorenzo Morachino, Rubén Barrenechea, Teófilo Espejo, J. Galarreta González, y los prometedores relatistas que mencionamos al referirnos a Piura.

En la misma situación — sin volumen publicado — pero con esfuerzos dignos de inventario, hay cuentistas y costumbristas de las otras regiones que nos revelan facetas del alma andina y sus peripecias individuales y sociales : Gamaliel Churata (gran precursor en la reivindicación del aymara), Francisco Mostajo, M. Arriola, Grande (excelente

ensayista también), R. Ordóñez, Santiago Lanegra, Justo Fernández.

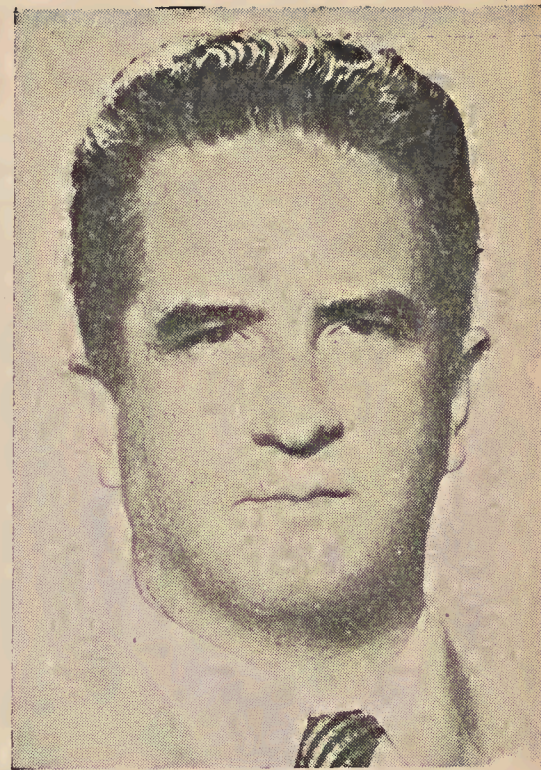
Todos los tipos que tiene la biografía según L. A. Sánchez — el literario, el histórico, el polémico, el didáctico — tienen muestras, sólo muestras, en nuestra Literatura. El propio Sánchez inició propiamente la biografía literaria con su *Don Manuel* y la continuó con la de los mestizos *Haya de la Torre*, *Garcilazo de la Vega*, *La Pericholi*. Entre ese tipo de biografía y el histórico están los trabajos de Ernesto Reyna : *El Amauta Atusparia* y *Fitzcarrald*, *El rey del caucho*. Débiles e indefinidos han sido los esfuerzos de María Wiese y Armando Bazán para rescatar las figuras de *Mariano Melgar* y *José Carlos Mariátegui*. Lo mismo puede decirse de los intentos frustrados para revelar a Faustino Sánchez Carrión, José Santos Chocano y Pancho Fierro. Luis Fabio Xammar tuvo mejor suerte en el ensayo biográfico tratando a Valdelomar y Leónidas Yerovi, como lo ha tenido Maurilio Arriola en su breve pero penetrante estudio de Manuel Asensio Segura. La biografía histórica tiene aún el peligro de la alerta susceptibilidad de los descendientes. P. Dulanto Pinillos, publicó su monumental *Pirola* y sufrió las consecuencias de los maltratados en el imparcial enjuiciamiento histórico. Gran-

des figuras cholos se pierden por ello, sin más recuerdo que el circunstancial de los textos escolares.

Aparte de Atusparia, sólo dos figuras indias han sido tratadas por la biografía : Tupac Cattari, el célebre insurgente biografiado por Lisandro Luna, y la apasionante figura de *Tupac Amaru* que ha inspirado el mayor número de esfuerzos (Daniel Valcárcel, Jorge Cornejo Buorncle y, en especial, aquel don Francisco Loayza, modelo de erguimiento y consecuencia anticlericales y, acaso por eso mismo, uno de los más silenciados por la injusticia rufiana de la clerigalla literaria y sus críticos).

Aunque haremos consideraciones finales sobre los alcances de la revelación del hombre en la narrativa peruana, adelantemos la aseveración de que no está agotada, ni mucho menos, la múltiple temática humana de los Andes. De modo general, desde el paisaje hasta el pueblo, junto al hombre y su problemática social y humana — o en otras palabras, el tema tierra — hombre inseparable — espera la voluntariosa promoción de relatistas que la saque cabalmente en hombros a la literatura nacional ; y más allá, a la americana, rumbo a lo universal.

ABRAHAM ARIAS LARRETA



CIRO ALEGRIA

## SIEMPRE MAS



**V**A DE CUENTO. Y de cuento de locos nada menos. Los cuentos de locos son más interesantes que los de los cuerdos, porque las cosas de los locos son extraordinarias y las cosillas de los cuerdos son vulgares.

Había en no recuerdo qué lugar de Castilla cierto loco de remate, aunque pacífico, llamado Silverio, el cual Silverio padecía (o gozaba, vaya usted a saber) de la inocente manía de creerse el señor Alcalde del aludido lugar, no siendo realmente más que el humilde barrendero del Municipio. Y cuando barria con entusiasmo, digno de más alto quehacer, la calle única del pueblo, los vecinos, por burlarse de él, le preguntaban :

por **ALFONSO VIDAL Y PLANAS**

para decirle con suave acento de cortesano :

— ¡ Entre en palacio Su Majestad !  
— ¡ Sí, sí ! — contestó el buen Silverio, emocionadillo. — ¡ Palacio !... ¡ Su Majestad !... ¡ Te nombro llavero mayor de mi cuarto de baño !  
— ¿ Quién dijo palacio y Majestad ?  
— Soy Papa ! ¡ Entro en el Vaticano !... ¡ Me acompañan estos dos cardenales ! ¡ Tengo cincuenta más !

Y, a los dos meses de ser Sumo Pontífice, el buen Silverio comenzó a guardarse las manzanas y naranjas que le daban de postre y a tirarlas al aire en el patio del manicomio.

— ¿ Por qué hace eso Su Santidad ?  
— le preguntó un guardián, intrigado.  
— ¡ Toma ! — contestó el buen Silverio. — Porque puedo y porque me da la gana. Soy Dios y tiro mundos a lo Infinito.

Y todos le llamaban ya Dios. Pero el buen Silverio no tardó en perder el apetito y se mostraba triste, sin duda porque ya no podía llegar a ser más.

Y una tarde fueron de visita al manicomio dos sabios doctores, y el médico del establecimiento les refirió el caso magnífico de Silverio, que había llegado, grado a grado, de barrendero a Dios. Los sabios doctores desearon hablar con tan inmenso orate, y fueron al patio acompañados del médico del manicomio, el cual llamó a Silverio con todos sus títulos :

— ¡ Divino Silverio, Rey de Reyes, Creador del Universo, Generalísimo de las Celestiales Milicias Arcangélicas !

El gran Silverio, que estaba paseándose muy de prisa de extremo a extremo del patio, no contestó.

El médico y sus acompañantes se acercaron a él.

— ¡ Oh, Dios ! — volvió a llamarle el médico, cortándole irrespetuosamente el paso.

El ingente loco, parándose en seco, preguntó con aire despectivo :

— ¿ Es a mí ?  
— ¡ Claro ! — aseguró el médico. — ¿ No es usted Dios ?

Y el inconmensurable Silverio, echán-

dose a reír a carcajadas estrepitosas, apartó con la mano al médico, mientras decía :

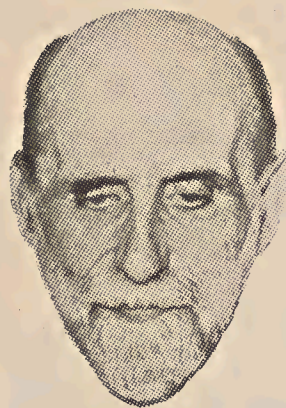
— ¡ Quitá ! ¡ Quitá, microbio ! ¡ Yo no soy Dios, ni mucho menos... ! ¡ Dios es... mi secretario particular !

Y siguió paseando.

(El que en el mundo no es lo que quiere ser, es porque no está loco).



# J. R. JIMENEZ - GEORGE SAND



O le conocí, y le admiré, sin el vano intento de imitarle. Hay intelectuales cuyo valor radica en sus obras ; y hay obras cuyo valor es imagen, aunque pálida, de la talla espiritualmente piramidal del Hombre.

Este es el caso de Jiménez, de este Juan Ramón Jiménez, que ha merecido el premio Nóbel de Literatura 1956, a los 75 años de edad, a los veinte años de exilio y a los sesenta de una labor pulcra, sin cesión alguna al snobismo, leal al idioma, a la rima y a la idea.

Incansable buscador del Ideal Humano, Juan Ramón Jiménez se adentra, desde muy joven, en la recta de un lirismo que no hay que confundir con las melodiosidades del vericuetado campoamoriano ni aun con las exaltaciones del amargo romanticismo — rico en estilo — de Rubén Darío.

Hay algo de tristemente cómico en las reacciones patrióticas. Ejército, Patria, Religión : aberraciones del sentimiento grande de la Humanidad cuando los tres conceptos implican, respectivamente, defensa del Derecho. (no de la Ley), amor a los lares, e inquietudes del « no ser ».

Pero esas aberraciones del sentimiento grande se transforman en mezquinas cuando, como en el caso que me ocupa, pasan del concepto patriótico al patriotismo ramplón. ¿ Quién es Juan Ramón Jiménez ? Todos lo conocen... a partir de la fecha en que se le concedió el Premio Nóbel de Literatura. ¿ Antes ? Antes... eran muy pocos los que conocían su obra. Pero el patriotismo ramplón nos impide confesar nuestra ignorancia. Seamos, sencillamente, sinceros y justos : si le conocemos poco, léamosle ahora. Yo sé, de mí, que empecé a amar a Horacio, en sus « Odas » y « Epístolas », veintium siglos después de la vida del poeta latino.

Horacio ! Una sucesión de ideas retrospectivas me fuerza a pensar en Juan Ramón Jiménez. Horacio : independiente y sin ambición, moral, creyente de una felicidad sin complicaciones, amigo de Augusto y protegido de Mecenas, autor sabio, castizo y delicado. Como Juan Ramón Jiménez ; pero éste no fué amigo de Augusto, fué exiliado, y tuvo a Nóbel por Mecenas, a los 75 años de edad, cuando, quizá, se viera obligado a solicitar un empréstito — a cuenta de los trece millones que, como premio, le entregará el rey de Suecia, Gustavo Adolfo — para enterrar dignamente a su compañera Zenobia Camprubí Aymar, la que nos dió a conocer en idioma castellano las ideas diáfanas de Rabindranath Tagore.

Yo le conocí y le admiré, en 1918, cuando el mundo ardía en guerra. Juan Ramón Jiménez estaba convencido de que, terminado el conflicto, los campos de guerra se cubrirían de almendros en flor. Pero llegó la guerra del 39 ; y el poeta volvió a creer que el gusano humano se transformaría en mariposa... Y si la metralla vuelve a imperar (¿ imposible ? ; y, ¿ por qué, poeta ?), el españolísimo Jiménez seguirá creyendo en el dios de las musas pacíficas y líricas. Porque el laureado con el Premio Nóbel de Literatura está convencido que los postulados definitivos del Bien son más potentes que las episódicas acciones del Mal.

Al anuncio del merecido premio, los nombres de Antonio Machado (muerto en exilio) y de García Lorca (asesinado en España) han sonado como alumnos de Juan Ramón Jiménez.

Eso es falso. El nervio poético del autor de « Soledades » como el del autor del « Romanero Gitano », son de una autonomía radical, sin parangón alguno con el fondo y forma de « Elegías puras », o de « Pastorales », o de « Jardines lejanos ».

Más aún : los hermanos Machado (Antonio y Manuel) poseen la fluidez cantarina, sevillana, de una estirpe a veces artístico-pasional y a veces frívola, monorrítmica. Lo que no resta valor a la obra de ambos y, muy especialmente, a la de Antonio.

García Lorca es, en la forma y en el fondo, la antítesis de Juan Ramón Jiménez. Es el plectro multiforme amantado en la rebeldía, en los vericuetos del Albaicín, en las leyendas gitanas y, sobre todo, en los problemas del alma en los que interviene la carne. Torturado en la intención y cristalino en el decir.

Juan Ramón Jiménez — sangre castellana y andaluza, severidad y gracejo — tiene un estilo propio, incontestable,

castizo que, hasta ahora, no ha formado escuela y en el que — pese a la opinión de Eva Freden — el simbolismo francés no ha ejercido influencia alguna. Es, entre todos los poetas contemporáneos de lengua española, el único a quien las rimas le sirven de expresión y no de exaltación.

Andrés Oesterling, secretario de la Academia, al presentar el nuevo laureado, dijo : « ...él representa la más alta tradición lírica española y, atribuyéndole el Premio Nóbel, se honra igualmente a Antonio Machado y a García Lorca que han sido sus discípulos y le han reconocido como maestro único en su vocación. »

Corrijamos a Oesterling : no han sido sus discípulos, pero sí mucho más. Son los dos pies que, junto con Juan Ramón Jiménez, componen el trípode piramidal, básico, de la libérrima poesía española no sometida a yugo alguno.

El día 10 de este mes en curso — diciembre 1956 — la testa de rasgos quijectoscos del premiado, se inclinará ante el monarca de Suecia para recibir el legado del gran químico Alfredo Nóbel. Yo sé — porque le conocí y le admiré — que Juan Ramón Jiménez, en la solemnidad del acto, buscará, con su recuerdo, las cenizas líricas y los versos inmortales de Antonio Machado y de García Lorca...

1904 : Echegaray. 1929 : Benavente. 1945 : Gabriela Mistral. 1956 : Juan Ramón Jiménez. Queda bien honrado el idioma español.

Y si en otros tiempos el sol no se ponía en nuestros dominios (bien o mal adquiridos), hoy, el sol sigue sin ponerse en los asilos de la España refugiada, y orgullosa del merecido triunfo intelectual y moral de Juan Ramón Jiménez.



EN la misma isla en la que el archiduque de Austria mezcló la paz del lugar a sus aventuras simplistas, pero en Valldemosa y no en Miramar, Chopin se encartujó para reposo de su espíritu y de su cuerpo, para una mayor masturbación músico-cerebral y — ¡ oh, vicio del intelecto ! — para gozar en la mística de los claustros del más amargo y sensual de los amores profanos.

Aurora Dupin — la « George Sand » — hizo las delicias de la carne del músico romántico, sumando a sus momentos de placer el ácido de la infidelidad : lo que, en el espíritu torturado de Chopin, era el máximo incentivo. Cerebral hasta la médula, el polaco de origen francés, precisaba de miel y hiel para — como espasmos — producir sus « Nocturnos » sentimentales y la expresión estilizada de su « Marcha funebre ». Nadie mejor, como musa capaz de esos fenómenos psicóticos, que la literata parisiense de nombre poético y de pseudónimo varonil.

Aurora Dupin, desde su niñez, estaba consagrada por la naturaleza al culto de Afrodita. En Berry (Nohant) respirando heno, trigo, establo y céfiro, su cuerpo se aclimató a la sensibilidad física mientras que, intelectualmente, buceaba en los abstractos de Chateaubriand y en los concretos de Rousseau. « El Genio del Cristianismo » y « Memorias de Ultratumba » del aristocrático vizconde Francisco Renato, de San Maló, la turbaron metafísicamente. El « Contrato Social » y las « Confesiones » del Juan Jacobo francés nacido en Ginebra, enriquecieron el espíritu de Aurora, maculándola de filosofía naturalista, revolucionaria y romántica de la que está imbuida toda la obra del autor de « Nueva Heloisa ».

Espíritu y carne, en el alambique cerebral de la Dupin, se hicieron sexo y

literatura. Y diríase que el presagio melómano de sus amores inquietaba ya la niñez de la George Sand, pues que la autora de « Indiana » confiesa : « Yo comparaba a Rousseau con Mozart : yo le comprendía absolutamente ».

Hiperestésica, pasional, imaginativa, culta, viciosa, educada en convento, fácil al amor y al olvido, y fenomenalmente artista y poeta, sus novelas están impregnadas de ausencia amorosa, por pudor, por egoísmo de no dar al público ni un ápice de su vida privada. La máxima belleza, superliteraria, en la prosa de la Sand, radica en la retención del desbordamiento pasional y, a la par, en el simplicismo de sus personajes : simplicismo no exento de todos los movimientos del alma, tanto en sus grandezas como en sus miserias. Antítesis — para hacerme comprender — de la brutalidad erótica de un Octavio Mirbeau. ¿ Más vicioso este último que Aurora Dupin ? : no sé, pero menos elegante, menos estilista, menos honrado en su ministerio, ya que la pluma del escritor debe ser flecha de Ajax dispuesta a herir falsos dioses, y no pluma de pavo real para cosquillar la médula de los lectores.

Todos los pecados cometidos por la George Sand deben ser perdonados en honor a su literaria labor socialista. Si en vez de ser nacida en el siglo pasado, y en Francia, hubiera nacido a mediados del siglo en curso y en España, la autora de « La Mare au Diable » sería la más sutil teorizante del credo anarquista.

Sus campesinos y sus tramas, discretamente revolucionarios, arden en la fogata del avance social. En algunas de sus obras late el espíritu justiciero de la Francia selecta, pues si bien es cierto que no comulga con las acciones de Robespierre, Danton y Marat, admite y divulga — a pesar de su inconsciente tradicionalismo — las teorías enciclopédicas.

André Maurois habla de la « casta sensualidad » de Aurora Dupin. En efecto : la niña Aurora pudo ser mujer, ataviada sin flor de azahar, y con velo de

por V. RODRIGUEZ



primera comunión. Es un caso patológico al servicio de la Literatura.

¿ Ejerció alguna influencia en el ánimo de la George Sand su permanencia en España, en Mallorca, en Valldemosa ? Sin duda alguna. La ética hispana la forzó a hacer intervenir su conciencia en los problemas sexuales. Antes de conocer las aguas mansas que circundan la isla ; antes de conocer los olivos milenarios que semejan cuerpos atléticos y torturados ; antes de adentrar en sus retinas el paisaje maravillosamente inocente de las Baleares, la Dupin era un alma materializada. Después, fué un cuerpo sublimado.

Separada de Chopin, hubo de retornar a sus lares campestres de Berry para recuperar la tranquilidad de espíritu y el don de su estilo literario.

¿ Qué consideraciones la alejaron de Chopin ? La crítica frívola razona el desamor por la inconstancia de la mujer ante un cuerpo de hombre enfermo. Yo estimo que fué algo superior, social.

El amante de Aurora odiaba al pueblo, por entender que las ideas democráticas eran un insulto a la élite que comprendía y aplaudía sus composiciones musicales. Ella, la George Sand, moderna Dulcinea, médico de corderillos y de gallinas, hermana de modestos y sucios labriegos, hubiera deseado que el Chopin que compartiera su lecho estuviera tan cerca de su espíritu y de sus ideas como de su cuerpo.

No fué así. Quizá, por eso, en una de sus más sutiles y avanzadas novelas, gravó la dedicatoria de su puño y letra : « A mon ami Frédéric Chopin ». Una caricia piadosa : el lamento del desamor.

## La Resistencia en la Literatura

(Viene de la página 5)

mitiría la publicación de tantos tomos como la Enciclopedia Británica.

Los nombres de Belsen, Dachau, Buchenwald, Catyn, los campos de concentración, sean de Nanclares de Oca, de Argelès sur Mer, inventos de la democracia y de la dictadura en cualquiera sea el país que existen, tienen que ser borrados de todas las cartas geográficas.

En tanto Europa y América quieren olvidar lo que pasó y políticamente sus gobernantes entretienen en disputas de paños menores, es reconfortante encontrarnos con hombres como Guido Tassinari y Aristides Marchetti para traernos al recuerdo de que aquí ocurrió algo.

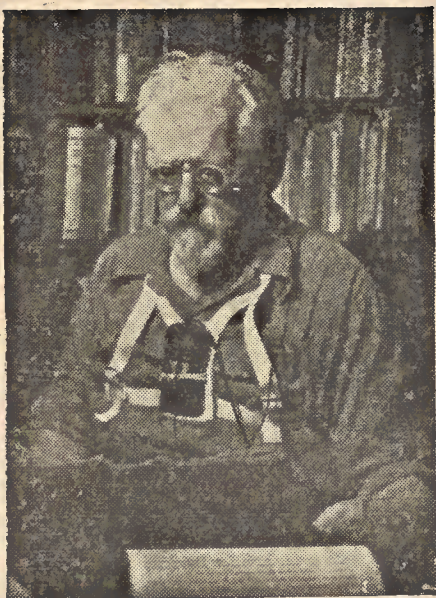
Realizan este volumen la colaboración prestada por pintores y dibujantes, que facilitaron dibujos y diseños para ilustrar el texto literario. Todos ellos reflejan su patetismo en dimensión de la tragedia sufrida, pero campea con tremenda plasticidad, con macabro simbolismo el « Crucifijo con general tudesco », de Giacomo Manzú. Colgado del brazo derecho, en un extremo de la cruz, como pingajo, yace, desnudo, los huesos molidos bajo la piel, lo que fuera el cuerpo de un mártir. Frente a él, contemplando su obra maestra, también desnudo, descalzo, ventruado, la bestia patizamba, cubierta su cabeza con casco

de guerra, un general alemán, apoyado en tamaño garrote. Elocuentemente expresivo.

Le suceden « El interrogatorio », de Mario Mafai ; « La muerte del partigiano », de Agenore Fabbri, que tiene una fuerza singularísima. Después, « El fusilamiento » y « Fusilamiento 1944 », de Aligi Sassu ; « La resistencia » de Remo Brindisi ; dos « Gott mit Uns », de Renato Gottuso que, aunque el analfabeto militarismo alemán se chamusque la piel y la rasque luego con filoso cuchillo, nunca más podrá quitarse la marca impregnada con el lápiz de este dibujante. « Los hermanos Cervi », de Giovanni Capello ; « El detenido político », de Aldo Carpi ; « El partigiano fusilado », de Albano Seguri ; « La barbarie nazista », de Giacomo Porzano con « El fusilado », de Gabriel Mucchi ; « Una familia durante la represalia », de Renato Birolli y « La Liberación », de Morlotti-Casinari, cada cual más sugestivo, más lleno de piedad, de ternura y fervor humanos componen el material gráfico de « La Resistencia en la Literatura ».

Es el que nos ocupa un libro nuestro, de los hombres libres, de aquellos que creemos todavía en la fe, que tenemos confianza en los destinos humanos.

CAMPIO CARPIO



Rodolfo Rocker.

Después de haber tomado asiento nos mostró el viejo, con franca alegría, un libro que tenía ante él. Era una rara edición de *The Chains of Slavery* de Juan Pablo Marat, que había aparecido en 1774 en Inglaterra. Nos contó que un amigo de Edimburgo le había enviado el libro como obsequio. « Una cabeza aguda, ese difamado Marat, dijo: Entre todos los hombres de la gran revolución, es, sin duda, uno de los pensadores más significativos, con más visión política y penetración que Robespierre y todos sus adeptos juntos ».

La conversación se centró pronto en la situación política de Alemania y el joven movimiento libertario de allí, por el que Kropotkin mostró un interés especial, pues, según su opinión, dependía el porvenir de Europa del desarrollo interno de Alemania. Kropotkin temía ya entonces el peligro de una guerra europea, pues la política exterior del gobierno imperial trabajada directamente en ese sentido, y las otras grandes potencias se veían forzadas así a seguir las mismas huellas. « La paz armada — decía — es a la larga intolerable y las alianzas militares, por las que se intenta aparentemente buscar protección, sólo puede contribuir a acelerar la manifestación de las hostilidades abiertas. Pero si llegara la guerra, conduciría indudablemente a un gran retroceso espiritual y, según toda probabilidad, a un abandono de las mejores conquistas en Europa, aún cuando Alemania fuese derrotada. Sólo una transformación interna de las condiciones políticas y sociales en Alemania misma podría salvar a Europa de la catástrofe amenazante. »

Pero no existían entonces las menores perspectivas para eso. El régimen semiabsolutista de Alemania parecía interiormente más afianzado que cualquier otro Estado de Europa, pues no tenía que contar con ninguna oposición seria. La burguesía alemana no tenía espina dorsal y además estaba influida por fuertes aspiraciones imperialistas; pero la social democracia y con ella la inmensa mayoría del movimiento obrero alemán, no era más que un coloso con pies de arcilla que no resistiría ninguna prueba seria.

Kropotkin conocía bien el desarrollo del movimiento socialista en Alemania. No se hacía por tanto exageradas ilusiones sobre la influencia del pequeño movimiento anarquista, pues sabía muy bien con qué dificultades tenía que luchar. Expresó entonces una idea que se grabó profundamente en mí y cuya verdad llegó ulteriormente cada vez más clara a la conciencia. En los países latinos, dijo, el anarquismo es el resultado natural de la gran corriente de ideas que brotó de la lucha contra el absolutismo monárquico y que se ha mantenido en las tradiciones revolucionarias del pueblo; pero en Alemania representaba sólo una nueva manera de pensar que estaba en contradicción flagrante con las tradiciones autoritarias del país y sólo muy lentamente podría alcanzar una mayor influencia.

Kropotkin nos contó aquella tarde algunos pormenores interesantes de su conocimiento con Emilio Werner y Augusto Reinsdorf, a quienes había encontrado personalmente en Suiza y sobre la aparición del *Arbeiterzeitung* de Berna (1876-77), el primer periódico anarquista moderno en idioma alemán, en donde habían colaborado regularmente él y Pablo Brousse.

Desde aquella primera entrevista quedé íntimamente ligado a Kropotkin hasta su partida para Rusia; pero la

# Pedro Kropotkin

POR

Rodolfo Rocker



CAUSA de mi actividad en el movimiento obrero judío tuve ocasión en Londres de reunirme con Kropotkin a menudo, pues el viejo mantenía siempre estrechas relaciones con los compañeros de la parte oriental. Lo había visto y oído hablar varias veces en reuniones internacionales, poco después de mi llegada a Londres, pero un conocimiento personal suyo lo hice tan sólo en la época del Congreso socialista internacional en julio de 1896, en aquel club italiano donde los compañeros se reunían todos los días durante la semana del comicio. Kropotkin, que en aquel tiempo no estaba muy bien de salud, apareció allí algunas veces. En esta ocasión fui presentado por Bernhard Kampffmeyer y cuando nos despedimos me invitó amablemente a visitarle en Bromley. En agosto o septiembre del mismo año hice uso de esa invitación y le visité junto con Kampffmeyer y Wilhelm Werner. La compañera de Kropotkin nos abrió la puerta de la casita amable que habitaba entonces la familia, y nos dirigió, tras cordial acogida, a una habitación sencilla donde pronto apareció Kropotkin mismo y nos saludó con su estilo cautivante. Era precisamente la hora del té, y Sacha, la hija vivaz de Kropotkin, estaba poniendo la mesa. Después de un ligero bocadillo nos fuimos al cuarto de trabajo de Kropotkin. Las paredes de la habitación modesta, pero cómoda, estaban cubiertas hasta el techo de libros, mientras la gran mesa de trabajo permanecía ocupada con papeles y periódicos.

impresión que de él recibí entonces, quedó inalterable. El que ha conocido la acción intelectual de un hombre verdaderamente grande y ha abarcado plenamente la importancia de su obra, abraza a menudo el deseo de verle de cerca. Ocurre en ello con frecuencia que la realización de ese anhelo natural no corresponde siempre a las ilusiones internas, tal vez porque desde el comienzo fueran demasiado altas. No sucedía lo mismo con Kropotkin. El que tuvo la dicha de tener estrecha relación con él, no ha sido decepcionado nunca. Cuanto mejor se le conocía, tanto más profunda impresión se recibía de él. Entre el autor de « El apoyo mutuo » y el hombre Kropotkin no había ninguna distancia. Lo mismo que pensaba y sentía, así obró en las fases de su rica y larga vida. Conocerle y quererle era una misma cosa. Era la armonía interna de toda su naturaleza que irradiaba tal calor, tan hondo humanismo, que permanecía siempre él mismo y nunca dejaba surgir la menor duda sobre la honradez de su pensamiento. Kropotkin era un hombre de una pieza; y en él no había nada dudoso.

En el libro escrito con el dolor más hondo del alma, « De profundis », dijo Oscar Wilde: « A las vidas humanas más perfectas que he tenido, ocasión de observar, pertenecen las de Verlaine y el príncipe Kropotkin ». Wilde, el delicado poeta y psicólogo, tenía razón. La vida de Kropotkin en sí misma era una grandeza humana que se encuentra raramente. Habría sido una gran vida, aunque no hubiese escrito una línea. En ella estaba el seductor de su personalidad de gran envergadura, el encanto interior de todo su ser. Todos los que entraron en íntimo contacto con él, quedaron dominados por el mismo hechizo. No había en esta vida nada artificioso, nada que estuviese calculado por efectos externos. También Jorge Brandés lo juzgó en este sentido cuando dijo:

« Es un revolucionario sin énfasis. Se ríe de los juramentos y de las ceremonias por los cuales se asocian los conspiradores en dramas y operetas. Este hombre es la sencillez encarnada. Como carácter mantiene la comparación con los grandes combatientes de la libertad de todos los países. Ninguno fue más desinteresado que él, ninguno amó a la humanidad más que él. »

Este fue el motivo por el cual quedé tan estrechamente vinculado a Kropotkin a través de los años; puedo decirlo tranquilamente: hasta más allá de la tumba. Fue y siguió siendo uno de los grandes acontecimientos en mi vida, al que tuve que agradecer mucho. Nunca fui idólatra, sordo y ciego ante la insuficiencia de los ídolos por uno mismo creados. Lo que me unió tanto a Kropotkin fue su cálido sentido humano, su sentimiento incommovible de la justicia, que resistían toda prueba. Su concepto de la justicia no era abstracto, sino un sentido viviente de simpatía que se manifestaba en lo más grande y en lo más pequeño. Seguramente nunca humilló en su vida a un ser humano. Su manera de obrar no era determinada por ninguna regla externa, sino que correspondía siempre al sentimiento directo de su gran alma, que tenía comprensión para todo. Uno de sus más viejos amigos, Stepniak (Kravtshinski), destacó especialmente en su obra bien conocida « La Rusia subterránea », ese rasgo del carácter de Kropotkin, cuando dijo: « Kropotkin

es un hombre extremadamente sincero y franco. Dice siempre la pura verdad, sin rodeos ni consideraciones al amor propio de los que hablan con él. Este es el rasgo más saliente y simpático de su carácter. Se puede fiar absolutamente en su palabra ».

Cuando en 1914 estalló la primera guerra mundial, que había previsto hacia tanto tiempo, y se apartaron nuestros caminos, las relaciones personales no fueron afectadas, pues yo sabía que su actitud era el resultado de su más profunda convicción, de la que nadie podía dudar. Nadie puede decir quién de nosotros tenía entonces razón. Yo mismo confieso abiertamente hoy que Kropotkin juzgaba entonces muchas cosas mejor que yo y que otros. Y finalmente la convicción interior de un hombre no es una cosa que se pueda medir con el metro y que se pueda liquidar simplemente como exacta o errónea.

Kropotkin fué atribulado por graves enfermedades durante la primera guerra mundial, pero me escribía siempre que le era posible y me enviaba libros de su biblioteca al campamento de prisioneros (1). Esto no era para él fácil, pues la mayor parte de sus libros estaban provistos de numerosas acotaciones marginales que debía borrar cuidadosamente, a fin de que la censura no tuviese motivos para intervenir. En una de las cartas que recibí entonces de él, me decía que comprendía plenamente mi actitud ante la guerra, aún cuando no podía compartirla. « Ante todo, lo que importa es la convicción — me



Pedro Kropotkin.

escribía —. No hay que defender una causa si no sale de lo más hondo del corazón. También esta terrible catástrofe terminará un día. Entonces continuaremos juntos, como lo hemos hecho hasta aquí, en favor de la gran causa de la liberación humana, que es la causa de todos nosotros ».

Esta honda sinceridad de pensamiento se advertía también en su actuación pública. Kropotkin no pertenecía a los grandes oradores de su tiempo, pues le era extraña toda retórica artificial. Pero poseía en alto grado aquel misterioso algo que sale de lo más profundo del alma y se graba por eso tanto más en los oyentes, aquel algo que no se puede aprender ni enseñar, porque es la más acabada expresión de la personalidad y brota de la esencia más íntima del ser humano.

La Naturaleza había provisto a Kropotkin de ricos tesoros, pero el tesoro mayor era su rica personalidad, la sencilla grandeza y la pureza de su carácter, la distinción de sus convicciones, que ni el adversario más encarnizado de sus opiniones podía dejar de respetar. Es este aspecto de su naturaleza el que ha hecho de sus « Memorias de un revolucionario » una de las más notables obras de la literatura autobiográfica. El, que sabía contar tantas cosas agradables y alentadoras de otros, quedaba siempre en último plano. Y cuando se vio obligado a hablar de sí mismo, lo hizo con una modestia tan simple que encanta.

Kropotkin no fué nunca un hombre de la dorada mediocridad, que colgaba su capa según el viento. La indiferencia ante hombres y cosas le era totalmente extraña. Pero poseía también, al mismo tiempo, una profunda comprensión humana de las delibidades ajenas, mientras no resultasen de motivos deshonrosos. Me acuerdo todavía de una conversación sobre un viejo amigo que desempeñó junto con él un rol de principal acusado en el famoso proceso de Lyon (1883), pero que después de su liberación cayó totalmente en el escepticismo. « Lo deploro de todo corazón — dijo el viejo —. El escepticismo es el amortiguamiento inicial de la conciencia, que en la mayor parte de los casos es incurable. Pero nos ha dado lo mejor que tenía y por eso debemos estarle siempre agradecidos ». Estas sencillas palabras, inspiradas en honda comprensión, que ni siquiera encerraban el más mínimo reproche, me causaron tal impresión que no he vuelto a olvidarlas. Sólo un hombre verdaderamente grande es capaz de juzgar hombres y cosas sin ningún prejuicio y sin ninguna amargura personal, de lo que no es capaz nunca la ciega razón de partido.

Kropotkin no sólo era uno de los grandes pensadores de su tiempo, sino que se había adelantado mucho a su época y reconoció las conexiones internas de la cultura humana mejor y más profundamente que la mayor parte de sus contemporáneos. Sus vastísimos conocimientos como geógrafo, historiador, economista y filósofo social eran asombrosos y le capacitaron para la redacción de una cantidad de obras cuyo valor será impecedero, pues no brotaron de presunciones abstractas ni de un pensamiento preconcebido, sino que se apoyaban en los fenómenos reales de la vida, y justamente por ello ofrecen siempre estímulos para nuevos conocimientos.

En su obra « El apoyo mutuo como factor de evolución », no solamente ha modificado a fondo el cuadro de la naturaleza creado por la teoría de la lucha por la existencia, sino que ha mostrado insostenibles también las concepciones del llamado darwinismo social, muy influenciadas por la teoría malthusiana de la supuesta ley del aumento de la población, y ha presentado bajo una nueva luz las relaciones del hombre y la sociedad. Su libro « Campos, fábricas y talleres » no sólo nos da nueva información sobre las futuras relaciones entre la industria y la agricultura, que podrían jugar un gran papel en la reforma de las condiciones de vida social, sino que ha señalado también una serie de nuevos caminos para la educación moderna por la asociación del trabajo manual y el intelectual, que no quedarán ignorados. Su « Historia de la Revolución francesa » ha ilustrado por primera vez desde un nuevo punto de vista aquella gran época histórica, que tuvo una influencia muy fuerte en el desarrollo entero de Europa, como no se había hecho hasta allí por ningún otro historiador, habiendo seguramente contribuido a valorizar la importancia de los grandes movimientos populares en la historia de otro modo a como se había hecho hasta allí.

(Terminará.)

(1) Rocker fué encerrado en 1914 en Inglaterra, aunque refugiado político, por ser alemán (N.D.L.R.).



USMEANDO en las ruinas y en los cadáveres calcinados de los héroes húngaros, Paul Sartre ha redescubierto la repugnante condición del comunismo totalitario. El hecho de que filósofo tan eminente haya menester de pruebas tan rotundas para percatarse, *a posteriori*, de la realidad, demuestra que no siempre los intelectuales se producen como seres inteligentes.

La pedantería se había acostumbrado a menospreciar los principios y fundamentos de la civilización liberal, predisponiendo el ánimo a comulgar con las ruedas de molino de las últimas novedades y doctrinas. Lo liberal y lo libertario estaba apollado. Había que hacerse marxista; o demo-cristiano, que era lo nuevo, como si las ideas fueran cosa de modas. Empero no hacía falta esperar a la

hecatombe de Budapest, que no es la única ni la primera, para convencerse de que sin médula de liberalismo, el socialismo tenía que degenerar en stalinismo, y que la democracia cristiana, sin libertad, podría degenerar también en intolerancia fanática, con suplicios e inquisidores.

Por eso me parece especialmente útil que de vez en cuando revisemos las ideas substantivas de nuestra civilización liberal y democrática cuya característica es la defensa de la independencia espiritual y social de cada hombre. Se ha solido tildar al liberalismo clásico de mecanicista, esto es de que concebía la sociedad humana más bien como agrupación yuxtapuesta de elementos que como organismo armónico y viviente.

Nada más lejos, sin embargo, del auténtico espíritu liberal. La concepción orgánica de la sociedad es tan evidente que para descubrirla basta la simple intuición de un espíritu despierto. En su libro « Jerry of the Island » describe magistralmente Jack London la vida de una tribu primitiva arraigada en el archipiélago de Salomón, cuyo cacique o reyezuelo, en deliciosas meditaciones de ultratumba a que se entrega en sus ratos de ocio — acariciando entre las manos trémulas la cabeza de algún navegante europeo —, había descubierto que los individuos se mueren, mientras la tribu permanece como depositaria común de las conquistas alcanzadas por sus habitantes al correr de siglos y generaciones. Del pasado procedían los misteriosos tabúes, los tótemes e ídolos venerados, la ciencia de los viejos, las mágicas virtudes del sacerdocio terapéutico, y las cabezas de bosquimanos y navegantes que, curadas al humo y guardadas cuidadosamente en sendas esterillas, pendían de las parhileras de la techumbre en la casa real o sacerdotal. Es decir, que la tribu era, además de sus habitantes, una tradición.

Sin embargo, esta distinción que hacemos entre la sociedad y los hombres es puramente convencional o aparente. Todos y cada uno de los hombres de la presente humanidad constituimos la verdadera sociedad física y real en la que se perpetúa la tradición, la costumbre, la riqueza y la ley acumuladas por la historia. El hombre, cada hombre, es la realidad social, y suprimiéndole se diluye en la nada el mágico castillo de la república humana.

Por una parte, la sociedad puede ser comparada al artista de invisibles manos, cincelador de estatuas que son los hombres. Nacemos en el hogar donde recibimos con las primeras caricias y cuidados los primeros conceptos, palabras, costumbres, creencias y emociones; nuestro pensamiento se nutre con el caudal que la experiencia colectiva hizo brotar en la roca estéril de la naturaleza; nuestros sentimientos se despiertan en el regazo materno, se empapan luego en la belleza de las artes, se estremecen en las estrofas de los poetas, vibran en las sinfonías de los músicos y ascienden transfigurados al azul del cielo entre el incienso de las plegarias que nos legara la religión de nuestros mayores. El hombre es en el ambiente social como el cristal penetrado por el rayo de luz de la tradición. Justamente lo comparaba Juan de Salisbury al niño que, encaramado sobre la espalda de un gigante, ve ensancharse prodigiosamente sus perspectivas, no a causa de la propia elevación, sino merced a la ciclópea espalda que le sirve de pedestal. Ese niño es el hombre; la sociedad es el gigante.

Pero, por otra parte, la sociedad no existe fuera de los hombres. Su existencia radica en nosotros de tal manera que si por una peste universal pereciéramos de repente todos los hombres, ¿qué significarían en la naturaleza sin pensamiento los tesoros que constituyen el patrimonio tradicional? ¿Qué valor tendría la ciencia acumulada en millones de libros que nadie leyera; las fórmulas que nadie interpretara; la poesía y el pentágono, los cuadros y las estatuas que no hallaran espíritus para contemplarlas; los campos incultos, los templos vacíos, las supersticiones, los códigos y la tradición riquísima de la

humanidad? Somos los hombres de carne y hueso quienes formamos la sociedad viviente, perpetuamos la tradición, atesoramos el pasado y labramos el porvenir del mundo en un fluir incesante y continuo. Por eso el primer valor social es el hombre.

Y cuando en nombre de la revolución, o de la tradición, se nos sirven manjares disfrazados de innovaciones totalitarias, nuestra primera pregunta debería ser ésta: ¿y el hombre? Porque no puede ser bueno para la sociedad lo que sea envilecedor para cada uno de los hombres. No había menester esperar a la segunda guerra mundial para saber que el fascismo era, por ejemplo, en cuanto concepción social y política, una

aberración, pues que sometía la conciencia humana, desconocía la libertad personal y suplantaba la soberanía del pueblo, bajo la bota de hierro del dogma de un partido. El fascismo sólo podía satisfacer al fascista; pero oprimiría y denigraría al ciudadano y envilecería moral y materialmente a la nación.

Tampoco hacía falta esperar a la hecatombe de Budapest para enterarse de lo que lleva dentro el comunismo totalitario, que naturalmente no es el único comunismo posible. Secta social y política que se propone asaltar el Estado, para suprimir el derecho del individuo, supeditar la independencia de los países a los intereses del imperio moscovita y suplantar la soberanía del pueblo, im-

por FERNANDO VALERA

niéndole, quieras que no, los dogmas del partido, su instauración no podría producir otra cosa que la servidumbre espiritual y la esclavitud económica del mismo proletariado en cuyo nombre actúa. El comunista no consulta jamás al pueblo, ni le asigna otro papel que el de la obediencia, amoldándose a los fantásticos delirios de la secta triunfadora.

Precisamente para frenar esa inclinación pertinaz a convertir la sociedad en pretexto de todas las tiranías, el liberalismo proclamó los derechos del hombre para que sirvieran de fundamento a lo que podríamos llamar los derechos colectivos y sociales; porque, si cada hombre no posee derechos, la sociedad vive sin derecho, pues que la sociedad sólo existe en el hombre, por el hombre y para el hombre. Y las ideas sociales sólo son progresivas y revolucionarias en la medida que contribuyen a mejorar la libertad y felicidad de cada persona humana. O, como Ferdinand Buisson lo enseñaba a principios de siglo: « El progreso no consiste en el dominio de la organización colectiva o comunal de la sociedad sobre el ciudadano. El progreso exige, para serlo de veras, el desarrollo y expansión del individuo, único ser de carne y hueso que siente, goza y padece ».

París, Noviembre 1956.

## PREVENCIÓNES DE WELLS SOBRE EL HOMBRE PRIMITIVO

LOS orígenes del hombre son todavía muy oscuros. Se afirma ordinariamente que desciende de un mono corpulento de traza humana, algo así como un chimpancé, un orangután o un gorila. Pero tales afirmaciones no son más razonables que afirmar que el hombre desciende de un hotentote o de un esquimal evolucionados.

Hay quien dice que el hombre desciende de un antepasado común al chimpancé, al orangután o al gorila, del antropoide, tronco del que se derivan dos vertientes, una poblada por el género humano y otra por las variedades del mono. No faltan antropólogos que atribuyen al hombre un doble y aun un triple origen, emitiendo la teoría de que no hay una ascendencia común, sino que el negro tiene un antepasado con figura de gorila, el chino y en general el amarillo con figura de chimpancé, etc. Todas estas teorías no tienen fundamento verdadero, como tampoco la que se refiere al origen probablemente arborícola del hombre, es decir, al origen de éste individualizado en un mono que no vivía sobre el suelo sino en los árboles de rama en rama. La opinión más razonada viene a decir que, al contrario, el mono originario vivía sobre el suelo, pero que los monos actuales evolucionaron en sentido arborícola. De todas maneras, estas opiniones han de tenerse en cuenta cuando se discute el tema, pero sin atribuir a ninguna validez única y definitiva.

Desde luego, si se coloca el esqueleto de un hombre junto al esqueleto de un gorila, vemos que se parecen en extremo. Al comparar ambos esqueletos, advertimos el parecido general y casi estamos tentados de afirmar la descendencia del gorila. Tan sólo señalamos como diferencia entre un esqueleto y otro el volumen del cerebro (mayor en el hombre) y cierto refinamiento en la estructura.

Pero si se examinan ambos esqueletos con detenimiento y se estudian atentamente las diferencias, se advertirá que las semejanzas han de calificarse o interpretarse con tanta atención como las diferencias. Entre éstas salta a la vista la manera que tienen los dos seres de gravitar, de apoyarse sobre sus pies.

El hombre camina apoyándose sobre el dedo más voluminoso de los pies y sobre el talón. El dedo en cuestión le sirve de palanca principal. Todos podemos darnos cuenta del hecho observando las huellas del pie desnudo sobre el pavimento de un cuarto recién

lavado, sobre la arena de la playa o la tierra regada, etc.

Entre todas las razas de monos, sean éstos grandes o pequeños, hay sólo una familia única o grupo reducido, en el que el dedo gordo del pie o los dedos de los pies se desarrollan por su función de manera parecida a como se desarrolla el pie humano (familia o grupo de los lemúridos). El babuino marcha o anda apoyándose (à plat) sobre todos los dedos, aunque utiliza el dedo medianero preferentemente, como el oso. Las tres grandes especies de monos (chimpancé, orangután y gorila) caminan de manera opuesta al hombre, es decir, apoyándose sobre la parte exterior del pie.

Los monos corpulentos, los grandes, viven en bosques. Aunque caminan por el suelo, se advierte que sólo transitan a sus anchas de rama en rama. Tienen bien sabido el procedimiento de trepar. Se balancean con más facilidad, holgura, ventaja y agrado empleando los brazos que los monos diminutos. Al revés de éstos, no transitan a saltos y tienen — seguimos refiriéndonos a los corpulentos — un método especial y propio de trepar, como si trepar tronco arriba fuera lo más importante de su vida, el ejercicio más peculiar y necesario. En cambio el hombre anda por el suelo y corre tan rápidamente sobre él, que el hecho tiene que responder a un período largo de tránsito habitual por la tierra. Sólo trepa con precaución, al revés del mono, que trepa repentinamente, por instinto. También observamos que el ser humano no nada espontáneamente, que no nace nadador como otros ejemplares de la zoología. Para nadar le es indispensable aprender primero con tino, adiestrarse, acostumbrarse al agua, sea corriente o no. Esto prueba que el hombre vivió en largas edades apartado de los ríos, del mar y de los lagos.

Probablemente el antepasado del hombre sería de talla menor que el actual. Puede suponerse que aquel antepasado a que nos referimos fuera (al principio de la era cenozoica) una especie de mono que andaba por el suelo entre rocas más que entre árboles. Sin embargo, no carecía probablemente de agilidad para trepar por los troncos y sería capaz de apresar y sostener un objeto entre el pulgar y el índice. Sería el antepasado mesozoico un arborícola? Raramente moría un mono en el agua, lo que explica que sus huesos no hayan venido a ser fósiles.

No hay que olvidar un momento que entre las distintas imperfecciones del

inventario o registro de rocas, está la de no contener en abundancia más restos o trazas de seres acuáticos o bien de seres terrestres que sucumbieron ahogados por accidente extraordinario. Raramente se hallan en las rocas mesozoicas vestigios correspondientes a antepasados de los mamíferos. Esto explica la casi imposibilidad de hallar vestigios del hombre (de sus antepasados) en las rocas cenozoicas. La mayor parte de conocimientos seguros que poseemos acerca de los primeros hombres, proceden de las cavernas.

Los hombres vivieron y murieron al aire libre antes de cobijarse en las cavernas. Sus cuerpos se comprende que fueran devorados si no habían entrado los cadáveres en período avanzado de putrefacción.

Pero no podemos menos de advertir que el estudio de las rocas no ha llegado a su fase más solvente. Ese estudio sólo tiene realidad en muy recientes generaciones y con escasos preocupados. La inmensa mayoría del género humano está sumamente ocupada en guerras y especulaciones comerciales, en aferrarse a trabajos que la máquina podría hacer en diez veces menos de tiempo o simplemente en divertirse para prestar atención a estas sugestiones.

Existen sin explorar depósitos de rocas amarillas, seguramente con vestigios y huellas del pasado remoto acerca del hombre y sus antepasados. En Asia, especialmente en la India, y en las Indias orientales existe probablemente la clave de muchos enigmas. Lo que sabemos hoy con visos de certeza es casi nada comparado con lo que se sabrá a no tardar mucho.

La diferencia entre grandes y pequeños monos parece haberse notado al principio de la época cenozoica. Hay muchas especies de monos sin estudiar de manera completa en lo que se refiere a su semejanza o desemejanza con la especie humana.

Las especies más semejantes son el diopiteco, de la época del mioceno y el sivapiteco y el paleopiteco, en las colinas de Sivalik, al norte de la India. Son especies que han podido relacionarse con el antepasado del hombre. Es posible que se sirvieran de útiles o herramientas.

Recordemos que Darwin nos relata que ciertos babuinos abren las avellanas partiéndolas entre dos piedras por presión de éstas, y que utilizan estacas para levantar volúmenes de mucho peso cuando buscan insectos.

(Versión de F. Alaiz)

# "TARDE DE TOROS"

# La pantalla

# "CALLE MAYOR"

Puesto que él no ha querido hablar mal de la fiesta que « denigra » a España, me veré yo obligado, por deferencia a su gesto, a no intentar realzar los valores del espectáculo, por lo menos aquéllos que intentan justificar las corridas con consideraciones de orden moral. Y hecha esta advertencia a modo de brindis, arrojo la montera de los convencionalismos y con el acero en la diestra y la flámula plegada en la izquierda (no se sabe si para que el engaño se vea menos o para que el espada se vea más) cito desde lejos, y con un miedo que linda con el pavor, intentaré hacer la faena de juzgar este rollo.

Es innecesario decir que « Tarde de toros » es una película completa, absolutamente, dedicada a la fiesta brava. Cuando la acción se inicia andan ya los toreros vestidos de luces dispuestos para ir a la plaza o se encuentran en manos del mozo de estoque que les aprieta los machos. Tiene que ser así porque la corrida se anuncia difícil. Forman la terna un viejo torero, ya decadente y deseoso de redorar los mohosos blasones; el diestro con más ínfulas del momento; y un neófito, hijo de un torero famoso. Entre los dos primeros hay una fuerte rivalidad personal que no tiene eco en los graderíos porque ya he dicho que para uno de ellos la gloria pasó. El nuevo, que va a tomar la alternativa, anda desconfiado, sin sitio, desde que recibió una grave cornada.

Cuando la película termina, acaba de arrastrarse el sexto toro, algunos de ellos desorejados; en la enfermería queda un cadáver todavía caliente, y camino de sus casas o de la fonda van tres toreros con sus respectivas cuadrillas, uno de ellos con un puntazo en la pierna derecha que le ha inferido el quinto toro de la tarde.

Entre esos dos momentos han sucedido cosas en el ruedo y fuera de él. Dejando de lado, por ahora, las peripecias de la lidia, hemos visto como las afecciones personales y familiares influyen en la marcha de la fiesta, y como el torero, figura delicada y brillante, es un hombre como los demás que tiene problemas parejos al común de los mortales.

Todos los incentivos ajenos a la lidia que hacen reaccionar a los tres espadas tienen una exposición simple y un estudio superficial. Resultan insustanciales ante la suprema importancia de poner en peligro la vida, y si alguno objetare que no puede calificarse de trivial el espolozazo que se da a un diestro llamándole cobarde, siempre podrá responderse que por la falta de análisis en la situación y finura al relatarla no es digna de que se le preste una atención desmedida.

La película del toreo está por hacer. El proceso anímico del lidiador no ha sido todavía llevado a la pantalla. Generalmente, las películas de toros llevan siempre el marchamo de un pintoresquismo para uso de las multitudes o para asombro del espectador ignaro. El detalle humano de la cuestión se ha escamoteado siempre o se ha reducido a una ambición desmesurada por obtener rápidamente grandes cantidades de dinero o, en el mejor de los casos, una situación social que permita aspirar a la mujer a quien se ama.

Lo que diferencia verdaderamente « Tarde de toros » de las otras películas españolas del mismo ambiente, es el sen-

**M**I colega, el crítico cinematográfico habitual del SUPLEMENTO, se ha adelantado conmigo a los medios, y sin gran aparato pero con cierta solemnidad, me ha entregado los trebejos, recomendándome vista y suerte antes de enfrentarme con el astado. Tarea que sólo sinsabores puede depararme aunque no ofrezca peligro para mi integridad física.

Mi dilecto amigo, Federico Azorín, no debe creerlo así, o acaso le resulta insoportable la « crueldad bárbara, salvaje, primitiva » de las fiestas taurinas y ha optado por saltar la barrera, marchándose del albero con el pretexto que la película exigía más la competencia del revistero taurino que la experiencia y sensibilidad del crítico cinematográfico.

tido mesurado, real, justo, con que se lleva la trama. Ni gritos, ni puñaladas, ni cante jondo, ni manzanilla. Se ve que estos toreros son personas como las demás, que se visten con corbata, que pueden vivir en una casa con ascensor y a los que a veces les duelen las muelas. Están muy lejos de ese otro tipo que arma broncas en los colmados, usa zahones, y hace enjazar ricamente sus cabalgaduras. Quizás para marcar más claramente su propósito, Ladislao Vadja ha elegido tres diestros de los cuales ninguno es andaluz, a pesar de ser Andalucía feudo del toreo.

Porque en la narración se han evitado las excentricidades para uso de extranjeros, por la mínima parte que se ha concedido al argumento propiamente humano y por el realce que se ha dado a todo lo taurino, la película podría calificarse de documental. Seguramente que uno de los objetivos de los productores ha sido el divulgar algunos aspectos de esta fiesta. En tal sentido, le falta claridad, pues hasta los espectadores que comentan las incidencias de la lidia, lo hacen en un tono tan castizo que no todo el mundo puede entenderlo y para el cual la traducción es poco menos que imposible.

Uno de los aciertos del rollo está precisamente en el color con que se presentan los propósitos del público, graciosos unos, sarcásticos otros, agudos todos.

El ambiente de un tendido no tiene parigual. El espectador, o mejor, el aficionado, que por el simple hecho de serlo ya predispone a pensar que se trata de un temperamento apasionado, reacciona ante las fases de la lidia y de cuanto con la lidia se relaciona aunque sea indirectamente, con una vivacidad asombrosa. La exuberancia de sus sentimientos encuentra en el ambiente caldeado de la plaza magnífica ocasión para manifestarse. Ser espectador de una corrida es vivir intensamente los momentos angustiosos que se desgranán en el ruedo, pero es también saborear el comentario zumbón o poético del vecino de localidad.

Recuerdo que el fallecido humorista Enrique Jardiel Poncela, en una entrevista concedida a un reportero de un periódico madrileño, afirmaba que aunque los toros no le gustaban iba a veces a las plazas por el gusto de ver reaccionar al público. Lo que más le divertía era, cuando un torero triunfaba, ponerse en pie y dirigirse a los espectadores haciendo un gesto denegador dándole a su mano un movimiento de vaivén con el índice extendido. Lo que oía, de bueno y de malo, era tan divertido como cualquiera de sus obras.

Pues este ambiente tan singular ha sido llevado a la pantalla con bastante naturalidad y contrasta con las escenas de falso tipismo a que estábamos acostumbrados en las anteriores producciones de tema taurino. Desgraciadamente, para quienes no entienden el español, la traducción francesa puesta al pie de los fotogramas no es tan expresiva, ni muchísimo menos, como el original.

Esta cinta despierta cierta curiosidad hacia la lidia de reses bravas, pero ni absuelve ni condena a la fiesta. Quienes estén contra ella al iniciarse la

por FRANCISCO FRAK

proyección continuarán contra ella al acabar, pero no podrá encontrarse un solo espectador que no reconozca la belleza impresionante de ciertos momentos. Del punto de vista plástico, pictórico, estético, la fiesta de toros es inatacable.

El cine nos ofrece esta vez una colección de estampas con el evidente deseo de superar todo lo anterior. La colocación de la cámara muy baja, casi a ras de tierra, da una nueva perspectiva a los lances taurinos, aunque dicha posición no sea completamente original. En cambio, el paseo de las cuadrillas, momento que impresionaba favorablemente a los extranjeros, ha sido fotografiado de forma un poco simple, sin aprovechar las magníficas posibilidades estéticas que ofrece, probablemente por el prurito de no hacer concesiones a lo ya tradicional.

En cuanto a la emoción que la lidia de reses bravas produce en el espectador es imposible recrearla desde la pantalla. En las plazas de toros lo que emociona es el peligro en el que se encuentra el torero, ignorándose el desenlace que va a tener cada suerte, mientras en la sala oscura sabemos que el desenlace, aunque lo desconozcamos, está ya trazado de forma indeleble en una cinta de celuloide. Es en este terreno en el que hay que buscar el porqué los espectadores de una película taurina no se entusiasman ante el mismo pase de pecho que paraliza el aliento de quienes lo contemplan en un ruedo.

Creo yo que la emoción de tipo cinematográfico llega al espectador a través de un proceso intelectual en el que el cerebro es el centro que recibe las impresiones, las ordena, y provoca las reacciones y las previsiones, en tanto que en el toreo la comunión con el acto emotivo es instantánea y vital, como si el propio espectador tomase una parte activa en la acción.

El factor básico para provocar la emoción, el peligro en el que se encuentra el torero, no se « piensa », se « siente ». La operación mental destruye o domina la erupción pasional. El cine para provocar sensaciones violentas necesita un público poco evolucionado intelectualmente, mientras que la sensibilidad del espectador de una corrida es independientemente de su nivel cultural o de su capacidad imaginativa. El espectador de cine, piensa, reflexiona, juzga, pero ante el hombre zarandeado por los cuernos de un toro, y del que ignoramos si en su carne ha calado ya el buido pitón, quizás de forma irremediable, no hay tiempo para analizar. Con el artificio de la proyección es imposible reproducir en un público de sala oscura las emociones de los ruedos, saturados de luminosidad. Los espectadores ven las películas con calma, sin jamás manifestar su emoción de forma ruidosa o entusiasta.

Desde el punto de vista genuinamente taurino pueden admirarse varios momentos brillantes de los tres espadas. Lo mejor corre a cargo de Domingo Ortega, de crema y oro con cabos rojos, y son un par de faenas serias y estáticas, en las que destacan unas series de naturales modelos del género, templando y mandando de modo admirable y corriendo la mano con la maestría y eficacia que caracterizaron siempre al diestro de Borox. A pesar de la falta de facultades inherentes a su edad ya avanzada para un lidiador, da una lección profesional a sus compañeros más jóvenes.

De Antonio Bienvenida, de verde manzana y oro con cabos negros, lo más destacado son unas verónicas apretadas, rabiosas; una serie de chicuelinas llenas de garbo pero con excesivo movimiento; un par de banderillas al cuarteo, alegrando al toro para que se arranque, levantando muy bien los brazos y con jugueteo final, y otro par de poder a poder de emocionante ejecución. Con el trapo rojo se le puede admirar una faena pinturera recargada de adornos entre los que destaca un abaniqueo para satisfacción de los no iniciados.

Enrique Vera, de malva pálido y oro con cabos rosados, el menos torero de los tres, hace la faena más emocionante, mucha, pero sin mandar suficiente a un toro de mucho nervio.

Con el acero, ya querían los espectadores de los ruedos estar tan mimados como los de « Tarde de toros ». Hay varias estocadas superiores entre las que destaca una del toledano entrando muy en corto tras laboriosa preparación.

Como actores ninguno de los tres lleva camino de desban-

car a Marlon Brando, pero se defienden con sobriedad y acierto.

De los demás del extenso reparto no creo que ninguno de ellos considere su actuación como la obra cumbre de su carrera artística. Todos ellos están a la altura a que nos tienen acostumbrados y dentro del género en el que ya se les catalogó. ¿Cómo va Manolo Morán, o José Isbert o Juan Calvo a salirse del que es su estilo propio, y menos en estas apariciones meteóricas que ninguna influencia pueden tener sobre la opinión que sobre ellos ya se han hecho los espectadores?

El guión de Manuel Tamayo es simple, discreto y agradable. Le falta ambición pero se aprecia el esfuerzo por conseguir una obra moderada y natural. El deseo de salirse del lirismo o de la declamación a que están acostumbrados cuantos tratan en el cine y en la novela cuestiones taurinas, merece ya nuestro reconocimiento. No obstante, hay ciertas concesiones a determinados tipos y a ciertas situaciones, en las que se advierte que no se han roto los moldes ni se ha intentado.

Ladislao Vadja ha tratado el tema con serenidad, sin dejarse llevar por el entusiasmo al presentar el lado heroico de los lidiadores, ni por la tentación de llenar la pantalla de cromos coloreados que hiciesen perder el hilo del argumento o le quitaran a la lidia lo que tiene de austero y trágico.

ESTA película se ha proyectado ya en París. La escasez de espacio y otras razones nos impiden extendernos como sería nuestro deseo y sólo vamos a dedicarle un somero comentario.

El rollo puede considerarse como español, a pesar de que el equipo técnico y la mayoría de los intérpretes son franceses, por el ambiente, pues casi se trata de una película de costumbres, y por ser español el autor y al mismo tiempo realizador de la cinta.

Bardem, esta vez no se muestra superior a otras, pero tampoco desmerece. Insiste en los mismos defectos que ya forman parte de su estilo personal, como son la sucesión de primeros planos, la importancia concedida al paisaje que se ve a través de alguna ventana, la utilización del espacio como elemento cinematográfico que ayuda a situar la intensidad dramática, etc.

Conoce su oficio y lo sirve con inteligencia y ambición, aunque en « Calle Mayor » la parte expositiva se haga demasiado larga. Sin que lo desmienta cierta pretensión aleccionadora, J. A. Bardem busca al hombre en la cruda realidad diaria. En esta película, al terminar, el rostro de la actriz se desdibuja por la lluvia que azota los cristales. Cualquier otro realizador español la hubiese hecho caer a los pies de un crucifijo, y es precisamente la negativa a buscar el fácil consuelo, lo que separa a Bardem de los caminos trillados. Sus inquietudes, de rancio sabor humanístico, le han llevado y le llevarán otras veces al triunfo, si no las abandona, aunque tenga que pasar por la cárcel.

FEDERICO AZORIN.

# NOTICIARIO

Hay numerosas exposiciones de arte pictórico en Madrid dichas de otoño. Las más interesantes la del paisajista Joaquín Sunyer (recientemente fallecido en Sitges), siguiendo la de Bellas Artes (« Un siglo de arte español ») conmemorativa del primer centenario de las exposiciones nacionales, esto es, oficiales. Naturalmente, esta última contendrá también un número respetable de esculturas.

Madrid dispone ya de estación radiotelevisora. Se trata de un modesto ensayo, por ahora.

La bailarina Lola Flores ha llegado a Madrid procedente de París.

Y tanto ha sido poner pie a tierra como soltar una española gansada: « ¡ Ya tenía ganas de oír hablar en cristiano ! »

El guitarrista Sainz de la Maza ha sido nombrado académico de Bellas Artes.

Según el violinista Francisco Costa, los virtuosos ya no son necesarios. Hay infinidad de jóvenes violinistas que ejecutan bien, sin pasión, pero con técnica impecable. Únicamente — añadió — que se oye a cada uno de ellos tras un bombo y no se discierne quién actúa.

Ha fallecido en Barcelona Amelia Sala Vallescá, viuda del eminente astrónomo director que fué del Observatorio Fabra, José Comas Solá.

En el teatro Barcelona, de la ciudad del mismo nombre, la compañía de Alejandro Ulloa repuso en escena el drama filosófico de Pedro Calderón de la Barca, « La vida es sueño ».

Leído en « El Español »: « Se necesitan 25.000 maestros. Más o menos, los mismos que asesinaron durante la Cruzada ».

Con motivo de la reposición de la zarzuela « Doña Francisquita », del maestro Amadeo Vives, se ha recordado en Madrid que el tenor Cazenave, uno de los artistas que estrenaron la obra, se gana la vida ejerciendo de taquillero en Buenos Aires.

De 3.293 vías urbanas que hay en Barcelona, 31 de entre ellas, por cierto las mejores, están afeadas con nombres de personas y temas de nombradía nazifalangista.

La consigna cultural de Falange: « Una escuela para cada pueblo ».

De cumplirla al pie de la letra, los pueblos con más de dos mil habitantes estarían apañados.

El 22 de diciembre, la regional del Sena de la Liga de Mutilados de la guerra de España celebrará una velada artística, en la sala Susset, seguida de un gran baile hasta el amanecer, a beneficio de los mutilados incapacitados para trabajar, con la cooperación de los comités de solidaridad de todas las organizaciones y partidos españoles del exilio sin excepción. La participación de artistas de fama está asegurada, así como una de las mejores orquestas de París.

Los mutilados, a pesar de que habiendo dado más que nadie tienen derechos sobre nosotros, han sabido y saben llevar su infortunio con dignidad; esperamos que la fiesta organizada en tan noble causa, será un éxito económico y que los españoles acudirán en número a este simpático acto.

# ARTE Y ARTISTAS

por García Tella

PISANO ha presentado el pasado mes, en la Galería Arte y Letras, una nutrida exposición de sus últimas pinturas, que fueron justamente celebradas por el público, que asistía a la « première ». Pero Pisano, al que quizá se ha reprochado alguna vez, su exuberancia toreril y su desbordante policromía, nos ha reservado una agradable sorpresa, consistente en dos magníficos bodegones de delicados tonos, de una factura modernísima y al límite mismo del figurativismo por su extrema combinación de luz y dibujo. Ignoro si Pisano, renovándose, anuncia una nueva era de su pintura, pero lo que sí sé es que estos cuadros de que hablo, sobrepasan en clase ciertas obras tenidas por maestras, de nuestras vedettes españolas. Yo creo que en Pisano nace una inquietud nueva que puede llevarle más lejos de lo que él mismo piensa, y situarle en un plano de primera línea y que deseo y creo merecido.

GARCIA-FONS, que varias veces he citado en estas páginas como uno de los jóvenes en los que cabe esperar, acaba de obtener el premio Antral, cosa que no me ha causado ninguna sorpresa, pues ya dije anteriormente que la pintura de García-Fons representa para mí una tradición del primitivismo italiano a nuestra época, en un lenguaje popular y sencillo, en un ambiente del quehacer cotidiano, como si dijéramos, « los trabajos y los días ».

Actualmente expone en el Salón de Otoño, donde su cuadro no pasa desapercibido y si a esto añadimos que García-Fons ha tenido la suerte de encontrar un taller, podremos decir que el año 56 es decisivo en la carrera del artista, ya que este taller va a permitirle entregarse más intensamente a sus trabajos y, quizá, a nuevas experiencias y técnicas, base de nuevos triunfos y consagraciones.

ALCARAZ ha decorado un nuevo cabaret en St-Germain-de-Prés, que, decididamente, se españoliza. El techo y las paredes recuerdan sugestivamente el cielo y la luz de Andalucía y una reja labrada según un dibujo de Alcaraz, acaba de dar ambiente al lugar. Al mismo tiempo, en el local, en sincronismo con el decorado, una exposición permanente de las más recientes obras de Alcaraz, completan la evocación.

PELAYO expone actualmente en la Galería Maurice Ceullet, de Toulouse, sus nuevas creaciones en las que existe un intento de renovación y los rojos y los naranjos empiezan a ser invadidos por los verdes y los azules, a la par que el borrico y la carreta son suplantados por la figura humana a la que Pelayo concede transparencias cristalinas y una ingravidez aérea que transforma en semi-abstracto la humanización misma de la figura.

Y gran organizador de sí mismo, asimilando la pintura al cine y al teatro, igual que éstos presentan sus « premières » en provincia, como ensayo para después venir a París, Pelayo ha escogido Toulouse para su « première » antes de la capital.

Experiencia inútil, si bien constituye una suerte para Toulouse, pues hace ya tiempo que París ha adoptado definitivamente Pelayo entre sus artistas predilectos y esta exposición demuestra solamente la probidad de nuestro amigo.

SANSO presentó en la Galería de Beaux-Arts una serie de telas y grabados de cierto clasicismo un poco anticuado, de una gama de grises a la que no se está acostumbrado cuando de paisajes de España se trata y que es precisamente lo que concede un valor relativo a sus telas. En cuanto a los grabados, vienen a ser una estilización de los cuadros, sin dejar de conservar, en conjunto, este aspecto anacrónico que los contrasta del grabado moderno actual, sin que cada uno separadamente deje de ser una pequeña maravilla.

MEJICO. — En el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de Méjico se ha celebrado una interesante exposición de pinturas y esculturas de artistas españoles, en su mayor parte exiliados.

La exposición, con más de 60 muestras interesantes del arte hispano en Méjico, tuvo el valor de una síntesis de estilos y formas, de tendencias y concepciones artísticas, de motivos de inspiración y de realización plástica de la más diversa variedad y de un gran valor panorámico.

Entre los artistas que expusieron, podemos citar los siguientes: Luis María Busquet, Ceferino Palencia, Arturo Souto, Bardasano, Germán Horacio (Moyano), Peinador, Vila, Cristóbal Ruiz, Arteta, García Lermes y Francisco Tortosa, ; Gracias, Morvan !

cuyo último sueño abriga ya la hospitalaria tierra mejicana.

MORVAN, que según mi criterio, merecía el premio de la Crítica, acaba de obtener el gran premio de pintura de la revista « Le Peintre », en una selección de más de tres mil cuadros. Pero Morvan, que como dije anteriormente, es un amigo de la España republicana, es también uno de los principales promotores de la revista literaria « Témoins » y particularmente del último número, compuesto bajo su dirección, que acabo de recibir, « Fidélité à l'Espagne », con la valiosa colaboración de Camus, Victor Serge, Paul Valet, René Char, Porqueras, así como un interesante diálogo con García Lorca, por el célebre Bagaría, que nos descubre una faceta inédita del poeta. Todo el número es un canto fervoroso de pasión y amor a nuestra causa y de la primera página a la última, sea en la evocación escueta de Barcelona 1936, por Georges Navet, sea en « Le vide intellectuel », de Chicharro de León, o en « Refus de la légende », de Mercier, o en no importa qué artículo, Morvan y sus colaboradores saben convencernos en este XX aniversario de nuestra guerra, que no todo está perdido para nosotros, ya que la amargura de la derrota, nos ha hecho ganar esta amistad tan profunda como sincera que despierta nuestra esperanza.

# Mesa Revuelta

Para la exposición de Cézanne en Zurich, el escritor alemán Erich Maria Remarque prestó doce obras del gran pintor francés. « Son los beneficios de mi libro « Sin novedad en el frente », dijo.

Al inaugurar el teléfono automático entre París y Cambrai el ministro francés de Comunicaciones declaró: « No sé hasta qué punto es deseable una extensión del teléfono. Para mí es uno de los instrumentos más refinados de tortura ».

Leído en la revista « Skyscrapers »: « Durante la última guerra. Un compartimento de tren, en Rumania. Ocupan los asientos un oficial alemán, un oficial rumano, una anciana y una muchacha.

El tren entra en un túnel. Rumor de beso, seguido de una bofetada ruidosa.

La anciana piensa: « ¡ Qué muchacha más digna y honrada ! »

La muchacha piensa: « Es curioso que el alemán haya besado a la anciana en vez de a mí ».

El alemán piensa: « ¡ Qué habidoso es este rumano ! Besa a una muchacha y yo recibo la bofetada ».

Y, finalmente, el rumano: « Me ha salido bien. Beso el dorso de mi mano, abofeteo al alemán y nadie protesta ».

Título de una noticia en un diario de Florencia: « Se pone en libertad a un inocente. Se trata de un error de la Policía ».

perdido en este rincón a la Sanlúcar, a Maenza, a Roncero, a Tella y a García-Badines. Si se pretendía hacer una cosa nunca vista, lo han conseguido. ¿ Y cómo ?

Anuncian su vuelta Salvador Vargas y Merceditas, que hace dos años « tournean » por el Oriente Medio, sin parar de bailar ni firmar contratos, pero que, seguramente, y por si acaso, no se quieren quedar cortados. Eso nos valdrá aplaudirlos de nuevo.

DELFORO.

# IDANZA

TENIA preparado un artículo comparativo sobre Lola y Pilar, entre la chabacanería de la primera y la calidad de la segunda, pero la catastrófica presentación de la formación Valentino en el teatro de l'Etoile, convierte no importa qué compañía de las que yo he zarandeado aquí, en espectáculo miliunochesco, paradisiaco y magnificante. La mediocridad de los artistas, el lujo y mal gusto del vestuario, la falta de « mise en scène », la exageración de anunciar 40 y presentar 15 y otros detalles por el estilo, originó la despedida de la mitad de la compañía al día siguiente. El reemplazamiento ha transformado un ambicioso conjunto de « ballets » en simples números de variedades de ramplonería garbanzosa. No se puede presentar un espectáculo español a base de la música de Sentis, al que 50 años en Francia han borrado su inspiración hispana, substituída por una serie de reminiscencias de su época juvenil, y es un error creer que el público no recuerda o no conoce « La reina mora » y otras zarzuelas de hace un siglo. El « ballet » de Roncero, de un buen texto goyesco, fué destrozado por estas influencias añejas y por anacronismos y « refritos » del propio Sentis. En cuanto al « ballet » de nuestro compañero y colaborador García Tella, « Los novios del mar », la torpeza y descuido de su montaje nos impide juzgarlo y sólo la música del compositor García-Badines nos pareció excelente por su solidez, su color y la vena de inspiración personal que en ella se descubre. La única que se salva de este naufragio, es la bailarina Ana Sanlúcar, creadora del « Tricornio en la Opera de Strasbourg », que defiende su papel como puede rodeada de nulidades.



CARMELITA MELLER  
Cancionista, que acaba de triunfar en el Olympia.

# LO QUE MARTE AMBICIONA DESTRUIR

## ISRAEL, CULTO Y LABORIOSO



*La automóvil discurre por la ancha carretera entre dos hileras de eucaliptus plantados hace cinco años solamente, como otros árboles adaptados a esta tierra, y ya lo suficientemente altos para levantar penacho y arcos de sombra.*

*Precisan en Israel árboles de crecimiento rápido, y el eucaliptus es uno de ellos. Los hay por todo. También ciprés, tamarindos, bosquecillos de robles de vez en cuando, y los olivos de hoja plateada; cepas, almendros, datileros, chumberas, cuyo fruto (« sabra », en árabe) defiende con finas agujas su carne tierna y sabrosa. De ahí el remoquete de « Sabra » que los israelitas aplican cariñosamente a los pequeños nacidos en el país.*

— Antes aquí no había nada. Ved ahora... — ilustra el cicerone.

Antes, en Israel no implica mucha distancia de tiempo. Cinco, diez años a lo sumo. Lo verdaderamente antiguo alcanza cuarenta años. Pero el siglo XX de los gastadores (« pionners ») reencuentra, o así lo espera nuestro acompañante, los pastos y los jardines de un pasado milenar. Aquí el tiempo juega contra el espacio. Si el suelo es limitado, la eternidad empuja hacia el porvenir. Millares, pronto millones de árboles, reverdecen y florecen nuevamente esta tierra de la cual el Antiguo Testamento afirma: « Un país de trigo y cebada, de viñas y mieles; una tierra en la que comerás pan en abundancia, en la que no carecerás de nada ».

### UNA METROPOLI EUROPEA EN ORIENTE

Estas dos grandes ciudades israelitas que son presencia de Europa en el Próximo Oriente: Tel-Aviv, « primavera colina » de la que emergen colosales edificios, con amplias avenidas y blancas y modernas casitas; Haifa, el bullicioso puerto lleno de navíos, bordeado de fábricas y astilleros, da la impresión de que nada desconoce de las necesidades modernas. El crecimiento de Tel-Aviv concreta el ritmo sorprendente del país: fundada en 1909, comprendía 15.000 habitantes en 1915; 30.000 en 1935; 200.000 en 1945 y 450.000 en nuestros días, considerada la población de Jaffa, que tiene absorbida. Este perímetro ha resentido, no obstante, feroces luchas durante lo que va de siglo, en las que tomaron parte turcos, ingleses, judíos y árabes, hasta la guerra de 1948, fecha en que la independencia fué proclamada en la propia Tel-Aviv.

En esta urbe ahora se vive como en toda gran ciudad meridional. La multi-

tud discurre satisfecha por las aceras, se estaciona contenta en las terrazas de los cafés. Las muchachas se pasean cogidas de la mano con su novio soldado, las casadas se muestran elegantes; los escaparates, las tiendas, dispuestos e iluminados con gusto. Hombres ostentando turbante, judíos tradicionalistas en sombrero negro dejando escapar bucles de pelo trenzado; mujeres envueltas en holgada túnica oriental al lado de chicas vistiendo ropas ligeras de Europa (pantalón breve, o completo en caqui y en mangas de camisa). Restaurantes, cinematógrafos, bibliotecas, teatros,

periódicos, inmuebles de construcción reciente con apartamientos — cierto — demasiado caros; casas para obreros edificándose un poco por todo, parques, paseos arbolados, mercaderes ambulantes, coches, automóviles... he aquí la gran ciudad en la que ningún europeo puede sentirse desplazado.

Y bajo el cielo, inmutablemente azulado durante siete meses al año, el vasto flujo de un Mediterráneo más indeciblemente azul que en todas sus riberas próximas o lejanas, con un sol cuyo crepúsculo sume el país en una maravilla de colores (rojo, violeta y oro) antes de que el Oriente no aporte una de sus mil y una noches y su campo de estrellas, más bajo, más a roce de techedo que en las poblaciones europeas.

Rueda el coche, en tanto nosotros consideramos Tel-Aviv próspero en comercio, artesanado, técnica e intelectualismo, imagen viva de un país joven y emprendedor, incluso ofreciendo una impresión de lujo y confort. No obstante,

andados unos pocos kilómetros, se nos revela la imagen de una conquista inacabada, más áspera de realizar que la ciudadana, más sujeta a esfuerzos, que tal es la exigencia de la tierra cultivable.

### DE LA EXPANSION CIUDADANA A LA VIDA AUTERA DEL KIBUTZ (1)

Abandonados los mercados, los palacios, las habitaciones cuidadosamente refrigeradas por el sistema de persianas, los follajes y los « aires acondicionados », hénenos en la campiña bajo un sol imperando en soberano absoluto.

Apreciables cuadrados en verde cultivado, se espacian entre amplias y amarillas bandas de terreno aún baldío. Media hora más de carrera y damos con una frontera que contorneamos y seguimos por un atajo. De vez en cuando nos

cruzamos con guardias fronterizos montados en « jeeps ».

Nos apeamos en el kibutz Nirim (Los Surcos), una de las once aldeas colectivas fundadas sigilosamente en octubre de 1946, enteramente destruido dos años después cuando el avance del ejército egipcio, y después reconstruido de nuevo.

Al doctor Frenkel — excelente guía nuestro — que vino a Israel siendo muy joven y ahora se produce con la flema característica de los israelitas acostumbrados al peligro, no puedo impedirme de decirle, en vista del alambrado defensivo, de las patrullas militares, las torres de observación y los postes-faro que por la noche sirven de escruta horizontes:

— Es una vida extraordinaria la que ustedes llevan. Vuestros jóvenes, mujeres y niños avecindados en estas fronteras, ¿ no sienten miedo ?

El interrogado responde:

— ¡ No vamos a envenenarnos la vida por miedo a morir !

### A CADA UNO SEGUN SUS NECESIDADES

Hace calor, 35 grados, tal vez 40 sobre cero. Cuando menos, dentro del auto se nota el viento.

En este camino arenoso que conduce al kibutz Nirim, ni un aliento de aire. Algo de fresco, en la barraca del responsable de este grupo colectivo agrícola adscrito a la organización de trabajo izquierdista « Hachomer Hatzair » (Joven Guardia); cada kibutz se organiza según afinidades sociales, políticas o religiosas, resultando de ello la existencia de kibutz socialistas, religiosos estrictos, demócratas, liberales, o sea de todas las facetas afectando la ideología y la mística de Israel.

Al colectivista que nos recibe no lo conoceremos sino por su nombre, igual que a los que iremos conociendo en Nirim, nombres frecuentemente europeos como Mauricio, Andrés, Jaime, o hebreos como Samuel, Jacobo, Josué. Nuestro hombre nació en Israel, su abuela era polaca y su abuelo francés. Y nos dice seguidamente con orgullo:

— Sesenta y cinco crios han nacido en este kibutz, compuesto de yugoslavos, búlgaros, rumanos, yemenitas y demás procedencias.

Sábase que los kibutz son libres agrupaciones en los que reina la igualdad absoluta y en los que nadie está supeeditado al salariado y donde la propiedad privada no existe, desarrollándose bajo la fórmula libertaria: « de cada cual según sus fuerzas, a cada uno según sus

(1) Grupo, asamblea, en este caso colectividad agrícola.



En las orillas del lago Tiberiades

necesidades », de tal suerte, que la existencia de estos conglomerados es totalmente comunitaria. Hombres y mujeres trabajan de concierto, la cocina es común, los niños son educados en escuelas modernas y mixtas, en las cuales la higiene es meticulosamente observada pese a la presencia campamental de sus exteriores.

— Trabajamos nueve horas por día en verano, ocho y media en invierno. La guardia fronteriza la ejercemos por turno noche y día. Disponemos de vacas, pollería, trigos y fruterías. La leche de Israel es reputada. Dos veces por semana tenemos concierto y conferencia en Nirim. Veán ustedes mismos.

Y Jacobo nos presenta a Andrés, al cual decimos:

— Pero usted habla francés como... Andrés interrumpe y termina, riendo, la frase:

— ...como un belga.

Llegó a la tierra prometida hace doce años, envuelto en las oleadas de inmigración de jóvenes organizada por « Alia ».

¿ Sus padres ? Con un gesto nos hizo comprender lo que les aconteció de malo, como a tantos otros. La empleada de la guardería, a su vez preguntada, respondió envolviendo en pañales a un bebé:

— Mis padres desaparecieron en los campos nazis, lo mismo que les ocurrió a tantos otros. Y no hablemos más de ello, pues no se trata de nada extraordinario...

Con André y todo el kibutz compartimos la carne, el arroz y el agua limpia que forman la comida; luego miramos los miles de gallinas, blancas, magníficas; las vacas en blanco y negro con nombre cada una y eléctricamente muñidas. Visitamos alojamientos de antiguos y noveles colectivistas, pudiendo admirar el aseo, el gusto decorativo, los libros de cultura y arte y los discos. Las ropas y los vestidos recientemente lavados a máquina penden en el secadero del patio; los jóvenes y las muchachas que por él circulan visten ropa ligera sobre piel bronceada.

La vida del colectivista es dura. Cada uno de ellos da sudores, esfuerzos e ideas, sin regateos. Andrés aprendió la electricidad y actúa de mayordomo electricista en la colmena. Los rostros de los colectivistas son diversos por ley de razas, pero su lengua sonora, el hebreo, es intensivamente enseñada a los nuevos inmigrantes a partir de su llegada, en institutos dispuestos al efecto.

En este instante un tractor pasa. Su conductor parece asirio con su tinte en negro desleído y su barba breve. Silba un alegre aire oriental. Se trata de un yemenita, descendiente de la vieja comunidad hebrea de los países árabes enteramente trasplantada en Israel, cuyos individuos son muy apreciados por su constancia, su ardor por el trabajo y la rapidez con que se adaptan a esta vida.

De lo alto de un silo triguero contemplamos la extensión del kibutz, con sus verdes campos y arboledas. Varios niños se columpian cerca del refugio en cemento blindado que se les reserva para casos de alarma...



Frontera del Jerusalén judío con el jordano.